

**LA MUJER
Y YO**

MIGUEL OSCAR MENASSA

© Editorial Grupo Cero
© Miguel Oscar Menassa
ISBN: 987-9196-16-3
Depósito Legal: M-4993-2000
Impreso en Argentina

1

Puedo estar contento de haberla conocido,
algo de ella he recibido, algo le he dado.

Mas hoy quisiera hablar del lado oscuro:
Cuando yo le pedía su verdadero amor,
su cuerpo temblando, su alegría futura,
ella me daba sus dudas, su vergüenza.

Y cuando, sobresaltado por pensares
que vienen hacia nosotros del futuro,
le pido que volem los dos juntos
por los Orinocos amables del canto,

volar juntos, le digo,

por los mundos donde la palabra
hace la música y el color,
Ella, me da su miedo,
su amor paralizado,
un teatral anticipo
de la muerte.

Cuando, tiernamente, le pido que bailemos,
comienza a mover sus nalgas con voluptuosidad,
me desafía y me llama por mis nombres propios:
intelectual sin clase, poeta cobarde, débil marica
y me pide, por favor, que la azote antes de bailar.

Me quito el cinturón con elegancia
y le digo, apretando los dientes:
A ver, mi amor, a ver ese culito
y ella vomita orgasmos por doquier
cuando le prometo cerca de su oído,
pegarle con pasión, sin debilidades.

Después cuando, ella,
comenzó a ganar algo de dinero
hacíamos el amor más civilizados:
ella se levantaba la falda azulada
y ofrecía sus nalgas casi perfectas
al castigo, que yo le aseguraba
día a día a cambio de su amor para siempre.
Y yo, sin besarla, sin acariciarla como antaño,
le pegaba cuatro o cinco latigazos, en el culo,
sin emocionarme demasiado, casi fríamente
y ella era muy feliz hasta la semana siguiente.

Cuando pasaban dos o tres días
me decía. Todavía siento mis nalgas,

es hermoso ir con ellas todo el día,
los hombres me desean en los sueños
y las mujeres me envidian, soy feliz.

Hasta que un día, cansada o aburrida
de gozar siempre de la misma manera,
abandona el trabajo y habla entre amigas
de mi refinada, estudiada, sutil crueldad.

Les cuenta, con todo lujo de detalles,
los secretos del polvo, el goce de la tierra
cuando se riega con los líquidos del amor.
Su semen caía por mi cintura, les cuenta,
como una lágrima perdida, sin destino.

Yo me abría y él caía en mí como la noche
y me inundaba de infinito goce y de dolor
y yo me abría y él seguía cayendo, cada vez
más lejos del mundo, de la civilización
y ahí, cuando hasta un beso me hubiese dado
de habérselo pedido, le pedí que me pegara
y me puse en cuatro patas y me abría más
y él, pobre hombre hipnotizado por el amor
alejado, totalmente, de sí mismo, me pegaba,
apretaba mi cuello con firmeza y me pegaba.

Un día se pasó, me amó de más,
como un, verdadero, poseído,
como un loco.

Ninguna palabra pudo detenerlo
y me pegó y me pegó y me pegó
y alcanzamos juntos el orgasmo
y fue por eso que no le vi más.

2

Yo, antes de conocerlo, me creía viviendo,
hasta llegué a decirle a mi madre que era feliz
y para él, todo lo mío era insuficiente.
Un día me llegó a decir que, si lo amaba,
que si gozaba con sus cosas, debía decírselo.

Una tarde, en el colmo de la crueldad,
me reprochó que nunca, nunca,
le había dedicado ningún poema.
Yo, esa tarde, lloré con desesperación
pero él estaba ensayando la crueldad
y me dijo:
Llorar, siempre has llorado para mí
pero nunca me dedicaste un poema.
Yo, ahí, tenía intención de matarlo
pero no tenía fuerzas para hacerlo
entonces le pedía que me pegara.

Él, esos días, ni me pegaba ni nada,
él esas tardes lo sabía, lo adivinaba,
esas tardes grises la asesina era yo.
Pero él era, verdaderamente, cruel,
su crueldad, amigas, no tenía límites:

Se quedaba, ahí, quieto, como muerto,
días, semanas, meses enteros, siglos y,
después, cuando ya nadie lo esperaba,
ni mis amigas, ni siquiera yo misma,
él, de golpe, nacía nuevamente al amor,
distráido en un beso, iluminado de caricias
y pasaba, entre nosotras, como una ráfaga
de incendio y velocidad y fuertes aullidos
como si amor y sexo estuvieran uniéndose
precisamente, amiga, en nuestros cuerpos.

Y cuando estábamos a punto de conocer,
de lo imposible, un rasgo inexistente,
él se quedaba ahí, quieto, como muerto.
Y yo llamaba a mis amigas para revivirlo
y, ahí, era donde su crueldad era infinita:

me obligaba con razonamientos absurdos
y, totalmente convencida por sus palabras,
terminé haciendo el amor con mis amigas
y ese goce me volvía, perfectamente, loca
y fue, también, por eso que no le vi más.

Comencé a leer sus versos en secreto
para que nadie viera tanto amor,

pero todo el mundo se daba cuenta:
cuando estaba a su lado
mi cuerpo se incendiaba,
cuando se alejaba de mi lado
mi pensamiento para alcanzarlo
se incendiaba y tocaba el dolor,
pero yo leía sus versos en secreto
para engañar al mundo entero
que era su cuerpo lo que amaba,
para que, él, no se enterara nunca de que,
yo, estaba enamorada de sus versos.

3

Cuando se nos ocurría ir a veranear,
rompíamos la tarde y llegábamos al mar,
estuviéramos donde estuviéramos.
Fundidos al sol, nos sentíamos libres
como cuando nos desnudamos en aquel poema
y cada cual se acariciaba por su cuenta y,
después, nos zambullíamos juntos en el mar.
Sin plagiar ninguna película moderna,
nuestra presencia en el mar era de cine.

Él caminaba como si fuera un gran hombre,
un hombre de negocios, de política, de amor
y yo era una joven bella y extranjera que,
él, rescataba de las profundidades del mar.
Recuerdo, en alta mar, lo primero que dije:
¡por favor, no me toque!
y él, me contestó, tal vez, burlándose de mí:
Si no la toco, no la puedo salvar.
y, ahí, me enamoré para siempre
y aunque no lo vea estoy enamorada
y cuando lo vuelva a ver seguiré enamorada
y esta vez, lo prometo, no haré preguntas
lo amaré y nada pediré a cambio del amor
y cuando él se vuelva un fanático de mí,
cuando esté convencido de nuestros amores,
mostraré mis nalgas y le pediré que me pegue
y si no está del todo convencido
iré con mis amigas y lo convenceremos.
Perderá su pudor, su moral, su destino
y sentirá amor y odio y me pegará.

Al día siguiente lo denunciaré por malos tratos,
violencia familiar e intento múltiple de violación
y me quedaré viviendo en su casa con mis amigas.

Un tiempo nos divertiremos hasta el dolor,
después haremos de alguna de nosotras un hombre
y si no podemos o no queremos, para nosotras, eso,
iremos, todas juntas, con frenesí, a buscarlo.

Él estará, en medio de la vida, esperándonos
y en su rostro no se notará el tiempo de la espera,
nunca dirá que estuvo solo o que nos extrañaba
pero nos amará desde el principio hasta el delirio,
llegará a creer o pensar que estamos enamoradas
de su cuerpo, de sus licencias para hacer el amor.

4

Nos mirábamos a los ojos y nos decíamos
“Hoy daremos la vuelta al mundo en 80 besos”
y nos aferrábamos a cualquier ilusión
y volábamos más allá de las nubes
hacia el centro galáctico del amor
y surgía el poema.

Después, cuando volvíamos,
volvíamos cayendo
a velocidades inauditas.
El choque de los cuerpos
contra el viento veloz
nos ponía contentos
y algo nos excitaba.
Después, caíamos sin más
en un amor cualquiera.
Éste es un amor terrestre,
decíamos sorprendidos,
un amor vulgar, sin límites,
por eso es que no existe.

Después de los viajes al cielo y de las estrepitosas caídas,
quedábamos impresionados de nosotros mismos:
¿Quién, en nosotros, pudo ese amor sublime?
¿Quién fue en mí el fuego de tus besos?
¿Quién en ti, amada, voló tan alto como el cielo?
¿Quién diluyó nuestros cuerpos en la palabra amor?
¿Qué fue lo que pasó en el mundo
mientras nosotros hacíamos el amor?
Tal vez, un eslabón del hombre
se ha roto para siempre.

Seguramente, amado, le dije,
con ternura incipiente,
alguien murió de más,
alguien vivió de menos.
Seguramente, te darás cuenta
que mientras hacíamos el amor
fueron condenados los hombres justos
y fueron puestos en libertad los gobernantes.

A él, hubo un momento en que mis reflexiones
le parecieron un poco exageradas
y sin mirarme francamente a los ojos
intentó decirme:
Hubo gobernantes que fueron condenados
y hubo hombres justos que, luchando,
consiguieron su propia libertad
y, mirándome con algo de desprecio,

hombres como yo que lo dieron todo
para la libertad y no me quejo
ni simulo estar demasiado vivo,
pasó lo que pasó y nuestro amor
fue la raíz del tiempo.

5

Cuando ella se desnuda con celeridad
y yo me retraso dando unas caladas,
me doy cuenta, que mi camisa azul
es el complemento, perfecto,
de sus tetas perdiendo la razón.

Después, mi pantalón marrón oscuro
con esas líneas rojas, leves del deseo,
haciendo juego como si fuera un cuadro
con el amarillo Nápoles de sus nalgas
y, después,
sus piernas abriéndose y cerrándose
tal cual los botones de mi camisa azul.

Y nos quedamos así una eternidad,
ella desnuda y yo con mi corbata,
italiana, de seda natural,
roja y palpitante haciendo juego
con su sexo a punto de gritar:

Estoy aquí, prendedme. Y con su mano,
delicadamente, colocada entre sus piernas
moviéndose al compás de la historia del sexo,
de pie sobre la cama comienza a cantar:

Un tango, una opereta, una jota, el violín
y suenan estridentes sus palabras de odio
y quiere vivir sola cuando viene la música
y me mira y baila para mí y me vence
sin haberme tocado con sus manos.
Son sus cabellos al viento
la congoja de su voz
gozando cuando canta.
Eso es, lo que de ella me enamora.

6

Yo quise ser un hombre desde muy joven
porque mi padre quiso que fuera un hombre
y hasta mi madre quiso que varón naciera
pero, a decir verdad, a mí, nunca me importó.

Y quise ser mujer, también, desde muy joven;
mi padre y mis hermanas mujeres se opusieron
y a mi madre, que yo fuera mujer, no le convenía
y entonces, sin otra alternativa, me hice hombre.

Me comportaba como un hombre
pasara lo que pasara,
hasta que ella, que ya no era mi madre,
se cruzó en mi camino.

Fuera de toda ley, me entregó su cuerpo
y la carne fue extensa en su belleza
y todo lo tocó con su alarido.
Su cuerpo atronaba por los corredores
de todo el pensamiento,
todos los pensamientos al unísono
no pudieron detener esa catarata de luz.
Ahí, es cuando, por fin, puedo decirle:
Siéntate un poco, conversemos.
y ella rápidamente con su risa burlona:
¿De qué podemos conversar
si a ti lo único que te interesa es el sexo?
Y bailaba frenética
y se le bajaban un poco los pantalones
y cuando bailaba para otros
se le veían las bragas rojas, calientes,
y mientras movía el culo con frenesí
me decía ¿De qué vamos a hablar?
si a ti lo único que te importa es el sexo.
Y se bajaba del todo los pantalones
para mostrarme un antojo de fresa madura
en la mitad, exacta, del pliegue de sus nalgas.

A mí, se me subieron los ojos a la vida
y con la mano derecha
con la cual he escrito mis mejores poemas
le toqué el culo con cierta violencia varonil.

Ella se quedó como inmóvil y yo, lejano.

El contacto
de mi mano desnuda con sus nalgas desnudas
había transformado el mundo para siempre.
Mas el paraíso duró sólo un instante.

¿No ves?, yo llevaba razón
a ti lo único que te interesa es el sexo
y, ¿ahora qué, ahora vas a pensar que te deseo?

Yo lo había visto en algunas películas de Tarzán.
Me abalancé sobre ella y, mientras la violaba,
con voz de barítono afligido le decía:
Llevas razón, mi amor, tú nada deseas,
yo soy el criminal, y ahí, al menos ella,
tenía sus orgasmos, sus joyas, sus calandrias.

7

Dormíamos tranquilamente cuando ella se levantó sobresaltada y me dijo:
Hoy quiero tener una aventura
vivir lo no vivido, amar lo inexistente
y ya sé que son las tres de la mañana
pero quiero andar un camino nuevo
donde no quede un sólo rastro de mí
así que, por favor, escúchame.

Y no es que a mí, exactamente,
me guste dormir de noche
pero estaba dormido, soñando
tonos del ocre sobre el negro.
Primero tuve ganas de decirle:
“déjame de joder” o bien, indiferente
“¿te parece poca aventura vivir a mi lado?”
pero le dije, dulcemente, haciendo gala
del uso calculado de mi serena voz
cuando pronuncie las vocales:
Oh Diosa, portadora del dolor, te escucho.
Soy esa oreja invencible, habla,
di al viento lo que será del viento
y nadie escuchará.

Ella, tímidamente, recogió la ofrenda
y preguntó ¿entonces puedo hablar,
decir lo que me pasa por la mente
sin convenciones, sin moral, sin castigos?
Bueno, le dije, límites hay siempre,
a fin de mes me tienes que pagar,
y ella se desmayó por primera vez en su vida
aunque por poco tiempo.

Luego se despertó y preguntaba ansiosa:
¿Qué paso, qué pasó, qué fue lo que pasó?
Nada, le contesté, tuviste un orgasmo magistral,
antes de desmayarte, te retorcías y saltabas.
Pero ¿qué estás diciendo, que yo me retorcía?
No, le dije, estoy diciendo que tuviste un orgasmo
y era hermoso ver cómo se descomponía
tu bello rostro con el goce.
¿Mi bello qué?, ¿pero que estás diciendo?.

Tu bello rostro, amor mío, tu bello rostro,
esa belleza donde renace, cada vez, el goce.
En ese momento ella dijo: te amo,
cuando mi belleza reina en ti, te amo.
Y no era para menos
esas palabras que le había dicho
antes eran todas de la poesía.

Te amo, decía ella, mientras se desnudaba,
hoy haré de ti amado, mujer y bestia
alondra que deja de volar porque llega el mar,
gacela que escapa sin escapar
y se la come el viento.
Leopardo seducido por las luces
del estallido de la pólvora
que lo matará.
Te haré mi amado, te haré...
Algo avergonzado, la interrumpí
y le dije: ¿Para qué tanto?
y ella me respondió con una pregunta:
¿Amas a otra mujer? eso es lo que pasa
y entonces, desesperado al borde del abismo,
decidí darle lo que pedía cuando le dije:
Sí, estoy enamorado de otra mujer
y ella nunca dejaría de sorprenderme:
Me gustaría conocerla, dijo,
y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, al desayuno,
antes de ir a los trabajos,
me besó agradecida y me dijo:
¡Qué aventura que tuvimos anoche!
¡Querido, qué aventura!

8

Ella, a la mañana temprano, al despertarse, me dice:
El hombre nuevo requiere un escritor como tú.

Tengo que tener paciencia, quise contestarle,
el mundo es mío pero en la página,
cuando trazo la diagonal de una mirada
de fuego infinito, tú, bien amada, estás aquí,
exactamente, donde te he colocado,
hermosa como nunca esperando mis besos,
el infierno, que es como decir
el fuego eterno de mis besos.

Cuando nos encontramos en el parque,
es difícil mirarte, sostenidamente,
o tocarte o tenerte o dejarte partir.

Tú no me dices nada pero yo lo escucho,
veo las palabras saliendo de tus labios:
Ve, escribe versos, ámame hasta el hartazgo
hasta el límite donde lo perverso
hiere nuestra vida con su goce fatal.

Hazme tuya en un verso prolongado,
sin mirada, sin carne, para siempre.

Ave de luz, dirás, ave de luz,
y yo apareceré,
sobre el papel en blanco
y te llamaré, animal,
para que puedas sobre mi cuerpo
con tus propias manos, amado,
escribir ese verso de amor
donde el poeta deja caer la pluma
para acariciar el cuerpo de la bella.

Y el poeta deja que se vuelen sus escritos
y deja que se escape su dinero
y todo lo bebe del cuerpo de la bella
y ella, antes de morir, dirá sus cosas:
Hoy moriré, tal vez, tragada por la bestia,
esa sed insaciable del amor del poeta
pero en este verso, estaré viva para siempre.
Al darme cuenta que sus razonamientos
eran muy impactantes y poco comerciales
pude decirle, amparándome en el pan:
Alguna cosa escribiré pero, después,
haremos el amor en plena libertad
y si alcanzamos, gozando, alguna cúspide,
con ternura, infinita, te leeré el poema.

9

Un día le confesé que estaba triste
que un dolor proveniente del alma
me dolía, punzante, en el costado.
Ella me miró con incredulidad
no podía entender que a mí, también,
me pasaran esas cosas y además,
el dolor se detuvo para escucharla
cuando con algo de rabia dijo:
Justo ahora se te ocurre enfermarte,
con las cuentas impagas,
la casa hipotecada
y yo querido, aún, insatisfecha.
Yo, tomándome el corazón con ambas manos
para que no saliera corriendo de mi pecho,
le dije suspirando ¿insatisfecha de qué?
y ella, rápidamente dijo: Dinero y sexo,
eso está bien al lado tuyo,
pero yo quiero luchar por mi libertad

quiero forjar un mundo sin sexo y sin dinero
¿entiendes, querido?
sexo y dinero tiene todo el mundo
pero ya nadie tiene libertad,
así que, sin medir las consecuencias,
desde hoy mismo me declaro en libertad.
Aquí, en mi casa,
delante de mis seres queridos
rompo las cadenas que, hasta hoy,
me ataban al mundo
y tomo los caminos del poema.
Yo estaba emocionado pero confuso,
la declaración de su libertad
era algo que yo estaba pensando
pero hablarme de esa manera
justo en el centro del dolor,
no me gustó su modo de liberarse
y al pensar en otras mujeres
no tuve más dolor y me di cuenta
que era capaz de sufrir del corazón,
con la intención de esclavizarla.
Su libertad me había devuelto el corazón.

10

Un día hablamos del verdadero amor,
otro día quisimos decirlo todo
queríamos jugar a la verdad,
diluarnos sin premura en el tiempo.

¿Cosecha o extravío? nos preguntábamos
cuando arábamos los caminos
donde el sueño abre sus puertas
para que sean posibles los arrebatos.

Ella siempre me hablaba de un amor increíble
donde el mundo y el cine se confundían,
donde la fantasía de amar era el amor
y todos los amores, aún rotos, eran eternos.

Sintiendo que no podré amarla tanto le digo:
Sólo me está permitido lo que se olvidará
por eso mis amores son leves y ligeros,
la historia de mis versos barrerá mi vida
por eso vivo todo lo que nadie sabrá.
Cuando ella me besa locamente
y su pasión me inunda, me lleva más allá
con discreción escribo en el cuaderno:
Su pasión liberada me remonta hasta el mar
sin irse y sin venir, su quietud y su vértigo.
Cuando dejo el cuaderno y la miro
ella vuelve a besarme locamente
y un vaho de su sexo de otoño
me hace perder el hilo y el cuaderno
y yo también, ahora, la beso locamente
y ella se aleja de mí como de bruma
y sus palabras son el corazón de la noche:
Hay un amor que nunca llegará
y es de ese amor que se habla en el poema,
un decir sobre un aire que nadie respiró
una verdad del agua que no calmó la sed.
Hoy, amado, te diré toda la verdad:
somos todo mirada y nada vemos,
esa luz de tus versos es luz futura,
nosotros vivimos en plena oscuridad.

11

Poco a poco fui creyendo todo lo que veía,
al tiempo ya no podía distinguir lo que veía
de la realidad, pero tampoco de los sueños.

Era de aquí, de allá, de donde fuera,
hubo noches que hacía la vida con pasión
y hubo días enteros donde sólo podía soñar.

Hacía el amor o el desamor a cada instante
y, cuando nadie me miraba, era ciega.

Hay en ella cuando se trata de mí
cosas que se repiten inalterables
su manera de besarme la boca
cuando canto alegre mis poemas.

Después, también, es cierto,
ella vuela conmigo haciendo giros
que en el aire simulan una danza
y después, cuando caemos juntos,
nos reímos del amor en primavera
y ella gira en la tierra como en el aire
y muda y es cambiante y olvida.
Es capaz de dar la cara al universo y,
al mismo tiempo, dar la espalda al mundo.

Cuando me besa siempre igual,
de la misma manera siempre,
es para sostener
el reinado de sus besos
en mis palabras.

Después es divertida,
se ríe con los chistes,
ama las sedas y el carmín
y puede ser virtuosa
y ama de aquí y de allí
en varias lenguas y en silencio
y quiere educar a todo el mundo
y prefiere que las mujeres
se amen entre sí
y llora y nieva sobre el alba
y goza, ligera, sin posarse siquiera.
Pero cuando dice adiós
se cierra el corazón de la noche
cruje la montaña sensible al dolor
y mujeres y dioses enamorados
piden que no lo haga.

Mas ella, ya estuvo arrepentida,
ahora
lo único que quiere del amor
es la libertad,
por eso cuando dice adiós,
aunque nos ame, es para no volver.

Adiós, amado,
y es como cuando la muerte
se desata solemne y despiadada
sobre los amantes en silencio.
Adiós, amado,
y en esta desesperación
que me aleja para siempre de ti,
te amo hasta el delirio de sentirme
la reina de tu boca en cada verso.

12

Destierro de mi vida el llanto,
lastimero, por lo que no tendré.
Observo con inteligencia varonil
lo que ya nunca habrá y no lloro,
no maldigo haber nacido hombre
ni que hayan existido antes de nacer
las veredas, el canto, el sexo abierto,
la locura, las calles alumbradas,
el terraplén, los pájaros cayendo.
Que hubo antes de mí, hermosas mujeres
que amaron a otros hombres, tuvieron otra piel.

Acepto sin rencor provenir del polvo
en todos los sentidos, tierra y amor,
sexo y delirio, todo polvo del polvo.

Quevedo aquí, Vallejo a mi costado,
Machado doliéndose del camino hecho
y tú y yo y el mundo, amada, que nos traga,
si no dejamos de llorar no veremos el sol.
Así, le dije, que lo decido hoy mismo,
aquí contigo en nuestra propia casa:
Los muertos no existen, ya están muertos
no sé porqué, dolidos, seguir llorándolos.
Y la vida, exactamente, plena, no existe,
¿para qué seguir ambicionando eso?

Sin sufrir por lo que ya no se ambiciona,
sin llorar ni a los idos ni a los muertos,
comenzaremos a escribir un nuevo verso
y ese verso, clave del tiempo atravesada
por la pequeña alegría personal
de sentirnos felices sin nada que llorar,
morirá para siempre la pobreza,
el mal querer, la angustia por el sexo
pero nunca habrá ni paz, ni libertad
y seremos bellos, altos, bien alimentados
y nos pasaremos siempre haciendo la guerra
contra los feos, bajitos, mal alimentados...

A ver, mi amor,
me dijo ella al borde del enfado,
un verso llano, posible, cerca de la tierra
sobre el que se pueda caminar sin sobresaltos.
Un verso que nos diga la verdad de la vida,
que nos hable con claridad del dolor,
de la pequeña esclavitud de las mujeres,
un verso, querido, que haga la guerra
y que lave los platos con nostras.

A ver, querido, un verso, que me libere de ti
quiero verte decir, sereno, en algún verso
que tu amor podrá sostener mi libertad.

Abre la celda donde me custodias,
libérate en un verso, vuela fuera de ti.
Mirad, mujeres, mi hombre se arrodilla
al paso, inquietante, de la bella.
Escribe, amor, en un poema, que tu amor
ilimitado y eterno, terco e infinito,
es capaz de alegrarse con mi partida
y esperar que yo crezca para amarme.
A ver, querido, escribe en un poema...

Compulsado por ella intenté decirle la verdad:
Fumo y escribo desde los doce años,
cuando me dejan solo me masturbo
y estoy contento siempre sin saber porqué
y a ti te amo porque sí, sin apenas motivos.
Por eso, ahora, quiero extenderme
en un verso sencillo, en plena tierra,
en el centro mismo del asfalto
para poder amarte sin murallas
y entregarme fatal a tu ceguera
y dejar escrito en algún verso,
amo su libertad, amada señora
y más que eso,
la pienso todo el día en libertad
y nunca pude comprender porqué
te quedabas, sumisa, a mi lado
esperando que yo consiguiera
alguna libertad y te la regalara.

Después, llegué a pensar que no me amabas
que estabas a mi lado porque mi belleza
mi manera de entregar mi cuerpo al amor
te defendían de Dios y un poco de tu madre.
Y, luego, algunos sucesos sin mayor importancia,
siempre necesitabas un dinero que nunca tenías.
Eras terca y celosa de la manera más sencilla,
“no quiero, no quiero, no quiero y no me importa”
y te abrías de piernas y cerrabas tu corazón
y yo, no te comprendía pero te amaba,
te amaba con fervor, sensible a tus palabras
siempre te hice creer que te deseaba.
Que era yo el que quería esto o aquello,
trabajé duramente hasta conseguir
construir en el mundo tus ambiciones
pero te hacía creer que mías eran tus ideas.

Ella me interrumpió convulsionada para decir:
es verdad que hay cosas que Dios no me permite

y de preferir
preferiría que mi madre viva para siempre
y, también, es verdad, que ciertas tardes
se hicieron algo más claras con tu dinero
pero yo, mi querido, quiero dejar claro
que no soy ni terca ni envidiosa y
me gustaría recordarte sin malas intenciones
que la primera escena de celos me la hiciste tu.

Y desear, mi amor, ¿quién entiende el desear?
Tú me deseas, me deseas, así quieres que crea
pero sólo me besas cuando siento ese ardor,
cuando mis labios se incendian de locura.

Tú me deseas, tú me deseas, así lo dices
y yo ni puedo, siquiera, tolerar la ternura,
pero cuando yo transcurro indiferente,
a tus caricias, a tus besos ardientes,
sin pronunciar gemidos ni palabras,
enloqueces, de sentirte impotente
y cuando consigo pensar en otra mujer,
el deseo, mi deseo por ella corroe tus entrañas
y como un niño gozas y juegas como un niño,
y como un niño sólo vives por mi deseo.

No quise responderle, mas le dije:
Mi madre vive en ultratumba,
en un paraje, por mí, desconocido
y niño soy y seré siempre, mas no alcanza
y en cuanto al goce te diré: estás en lo cierto,
un hombre sólo goza si ella lo desea
y cuando ella se equivoca y desea con fuerza
que él vuelva del mundo derrotado y triste
el hombre vuelve a casa triste y derrotado
y ella, entonces, alcanza el cenit de la magia
resucita al moribundo y le concede un sueño:
Sueña que eres feliz, querido, que nunca te engañé,
que siempre fuiste sincero de tu parte, verdadero.

13

Sufrir, según los pensamientos que ella traía,
tal vez, desde su más delicada infancia,
a veces quedaba bien y, a veces, quedaba mal.
Por lo tanto, cuando sufrir se hacía necesario,
se debía sufrir con todas las fuerzas posibles,
con el alma y el cuerpo y, aún, los ideales.

Ella daba fe de hacerlo todo a conciencia
y mientras se culpaba del hambre de los pobres
y de la violenta prostitución en Estados Unidos,
rompía mis poemas, mis cartas, algo de dinero
y se lavaba las manos compulsivamente.

Después, también, lloraba y me decía:
¡En qué mundo vivimos!
y yo le contestaba mansamente:
No es tan malo estar vivos, y, ahí,
era donde ella se volvía loca.
Estar vivos, estar vivos, gritaba,
como si esto que vivimos fuera vida,
y cerró su frase de una manera espléndida,
siempre el mismo cobarde, igual que tu padre.

A mi padre ella no lo conocía
y las historias que yo le conté
eran esas historias donde mi padre
aparecía valiente y apuesto,
salvando a una mujer en alta mar
o cuando, solo, con un pequeño fusil
espantó al enemigo en retirada
y él solo, casi sin fuerzas, tomó la colina.
Ella, claramente, no hablaba de mi padre
más bien hablaba del padre de otro hombre.
Mientras le pegaba una hostia, simbólica,
le dije: Tienes que tener más cuidado, puta,
que hay hombres en la vida, que por celos,
son capaces, pobres bestias, de matar.

14

Ella, para remarcar mi insistencia, me dijo:
Buscar a una mujer es perderla,
ella sólo puede amar lo que se le escapa
lo que nunca podrá tener del todo.

En cuanto a mí, le dije,
mis cosas me someten,
a tener que cuidarlas, hacerlas bellas,
por eso quiero decirte, amada mía,
que he decidido quedarme sin mis cosas.
Y si alguien me preguntara
cómo haré para vivir sin ella
os diré, camaradas, que en mis versos
la vida no se vive y ella es la poesía
o la mujer en general o la muerte.
Me despido de todo lo que me pertenece,
el delirio, tus besos en medio del delirio.

Recuerdo cuando, al despertar,
tenías un collar de arena en tu cintura
y yo te creía la Diosa del desierto
y montado en mi camello tornasol
te invitaba a que me permitieras
besar tus pies, en el justo momento
de la arena de tu cintura partiéndose
en finos cristales de amianto y de pureza.
Ahí, yo te creía la Diosa de los estallidos
y los diamantes como pequeñas flores
adornaban la melancolía del paisaje:
Tu cuerpo como muerto,
mi cuerpo como muerto
pero esperando, tenso y sumiso,
el estallido ardiente de la joya
pudiendo las pequeñas palabras de amor.

Hay días enteros que me lo creo todo,
su perfume, esa inteligencia submarina
que puede con un beso, sólo con un beso
llegar, sin más, al centro de mi ser.

El Dios que siempre la acompaña,
en lugar de enojarme, hoy me hace gracia
diría que me excita que ella, en su belleza,
para poder gozar me confunda con Dios
y es, entonces, cuando de un salto
alcanzo el aeroplano de la dicha
y, cuando ella me acaricia, gozo
para que ella crea que Dios
ha reconocido su caricia.

Yo muchas veces me quedo quieto,
ahí,
tratando de escribir un poema
esperanzado en encontrar
sin hacer nada
sobre la hoja en blanco
escrito un gran poema
donde el amor,
enloquecido y tenaz,
reina, también, sobre el amor.

15

A veces eres muy inteligente, dijo sarcástica
mientras mostraba sus nalgas al espejo
y rozaba, moviendo delicadamente las manos,
sus pechos rosados y ardientes tras la blusa.

Entiendo que hay algo que me pasa, le dije,
cuando el poeta me toma de sorpresa
y me obliga, sin más, por su presencia
a escribir de la noche y una mujer llorando.

Tomo el llorar de la mujer y bordo un río
y con la noche, visto a la mujer de negro
y, después, junto al río,
con la mujer de negro,
podré besar los senos de la noche
hasta el amanecer.

Amarillo limón para vestir a la diosa
que se levanta y ya empieza a cantar.

Al verbo lo que es del verbo, cantaba
mientras yo la ensartaba contra la pared.
Colgada de mi cuerpo, agitaba los brazos
y gritaba: "Al verbo lo que es del verbo"
y se retorció y yo me daba cuenta
que ella era la diosa del movimiento
y hablaba en voz alta de su cuerpo:
"¡Qué tetas! ¡qué culo! ¡qué barbaridad!"
y ella rugía y en el rugir decía:
no debes preocuparte por mi goce,
gozar, en mí, es algo natural,
me pasa siempre, hasta cuando me gritas.
Me aterrorizan tus gritos y, sin embargo,
sigo gozando en el horror, en la caída.
Era infinito el goce viéndola caer
y, entonces, yo hablaba de su cuerpo:
¡Qué tetas! ¡qué culo! ¡qué barbaridad!

De golpe se detuvo y fue piedra, dolor,
enmudeció su goce y dijo:
¿Porqué con ella tal o cual cosa
que conmigo no?
Yo nunca fui un mendigo, le dije,
siempre fui un comerciante.
A unos les vendía una cosa
y a otros les vendía otra cosa.
Te comería el corazón, dijo ella,
tensando la armonía hasta el dolor
y, entonces, yo, ambicionando un beso,

le dije, tratando de cerrar la cuestión:
Si me comieras el corazón
lo vomitarías,
porque en mi corazón,
yacen los restos de mi madre.

Está bien, dijo ella, y me besó.

16

Cuando ella me atacaba sin motivos,
yo, casi siempre, pensaba lo peor:
celos o dolor o falta de dinero
o la muerte de un familiar querido
o la central eléctrica que saltó en mil pedazos,
una guerra imprevista, la fortuna extraviada
o millones de niños muriéndose de hambre.

Mas ella dijo: No, hoy no me pasa nada,
hoy te ataco porque tengo motivos.
Pero aclararte quiero que, para el dolor,
alcanza un solo ser, querido, muerto.

No busco, especialmente, casi nada.
Cuando me llevo por delante lo que buscaba
algo encuentro pero vuelvo a perderlo
en el próximo paso, la próxima frase,
el polvo próximo, la poesía ahí.

Hablar con ella y hacer el amor con ella
eran dos tareas absolutamente diferentes:
Cuando hablábamos, ella quería decirlo todo,
cuando hacíamos el amor, ella quería que yo
lo hiciera todo, deseo y baile, todo para mí.

La primera vez que la interrumpí
para poder decir mis cosas
me dijo que no fuera machista
que la dejara hablar libremente,
que la dejara desarrollar su vida.

La primera vez que le dije
que fuera más activa sexualmente,
ella me dijo casi sin inmutarse:
¿Porqué no contratas una bailarina?
O, mejor todavía, un profesor de danza
o una masajista clónica y acelerada
y con tanto movimiento no habría poesía
así que calla y come y luego descansa,
ama con pasión esta quietud y escribe.

17

Una vez, ella me intimidó con sus preguntas:
¿Has tenido alguna vez pasiones verdaderas?
¿Alguna mujer, una idea, algún vicio, el poema?
Quedé como tocado por la nieve, helado.

Venirme a preguntar, precisamente, a mí,
si alguna vez, apasionadamente, entregué mi canto
a la mujer amada o a mis vicios secretos
y sorprendido me pregunté ¿Y ella me lo pregunta?

Ella, que transformó en virtud todos mis vicios
y se quedó a mi lado y, libre, amó todo mi amor.
Pero se fue poniendo triste de sí misma
triste de gozar de la vida y comenzó a sufrir.

Y nada le alcanzaba para seguir sufriendo.
Se ataba a los postes telefónicos,
para escuchar todas las conversaciones
y se metía en la vida de todo el mundo
pero ¡oh! singular mujer, ella,
no estaba en el mundo.

Y se engañaba a sí misma todo el tiempo,
se miraba en el espejo y se decía:
Soy una mujer, y se engañaba a sí misma,
cuando decía: soy una mujer independiente.

Y cuando se daba cuenta hasta con dolor
que no era ella misma la mujer de sus sueños
y que, ella misma, no era para nada independiente
dijo con pasión: Así es la vida, siempre nos engaña.

Hubo mujeres a mi lado
por decir algo, dije,
a quienes les bastaba
que yo tuviera sexualidad,
yo vivía y ellas se conformaban
mirándome vivir.

Esos días, cuando jugábamos a existir
terminábamos destrozados, sin fe
gritándole a la luna nuestro fracaso:
Existir no es posible, ni siquiera jugando.

Soy este trozo oculto para mí,
me decía ella llorando arrebatada
y tú no existes
a menos que esta mujer que soy
lo quiera.

Y el sol existe porque nos da vida
y de tanto nombrarlo lo hemos hecho posible
y nuestro amor, ¿qué sería nuestro amor
sin el beso o la frase de mañana,
que lo irán produciendo?

A mí no me gustaba filosofar,
yo era un hombre concreto
hecho de cal, de arena, de cemento
por eso que, cuando ella hablaba
tratando de eludir en el hablar
el compromiso de poder hacerlo,
yo la amaba por ese desparpajo,
por esa insolencia casi ingenua.
Hablaban del mundo como si ella
no estuviera en el mundo.
A mí me maravillaba su cordura,
su indiferencia, su disociación.

Hablaba de los hombres de las otras mujeres
como si ella fuera extraterrestre o divina
y a mí, hoy quiero confesarlo totalmente,
me enamoraba de ella esa pasión de soledad.

18

Ser viejo como ser rico, le dije,
es una propuesta de la mente.
Y ella contenta me preguntó:
¿Acaso no habremos de morir
si escribimos y hablamos?

También ha de morir el hombre
que al escribir rompe los bordes del abismo
y algo habrá de enfermar el hombre que, al hablar,
pretenda entregarse a las palabras, ser de la voz
pero enfermar y morir para ese hombre
serán, también, sólo palabras.

Después estaba todo el día con hombres, y mujeres
pero no eran amantes, eran misterios,
dramas insondables dominados por el odio,
la envidia, el menosprecio o, bien, el desamor.
Están cerca de mí pero dar el próximo paso
los sume en el delirio del amor, los agota.

Y después están los hombres las mujeres
que no necesitan de mí ni el pan ni la caricia
están ahí sólo para entorpecer los caminos
del poema, del pensamiento, la distancia
y en esas cosas del amor prefieren no saber
que el polvo aquél no era un regalo a nadie,
el polvo al que se vio obligado era su deseo.

¿Y tú qué opinas? le dije por decir, y
ella me dijo toda la verdad:
Cuando estoy supuestamente enamorada,
él piensa enseguida que le pertenezco
y cuando estoy como cansada por la vida,
por el mundo absurdo que nos hacen vivir
él enseguida piensa que yo no le amo.
Y, después, es todavía más ridículo:
cuando yo le sonrío, olvidada del mundo,
él enseguida cree que me ha ganado en algo.

No es que sea fanfarrón, es un ignorante,
nada sabe de mí, ni del tiempo, ni de la mujer.
Cuando lo abandone llorará como un niño,
pedirá perdón, querrá lavar los platos
pero ya será tarde, el mundo no perdona.
Entonces, pobre hombre, será mujer y niño
al mismo tiempo que hombre y nadie lo amará.
Como hombre nadie lo amará
porque su hombre ha renunciado a serlo.
Y tal cual una mujer nadie la amará

por no diferenciar lo grande de lo bueno
y como niño, el pobre, hará cosas de niño
pero será un hombre que sufrirá por serlo.
Inadecuado el canto. Débil la voz.

Hoy me acuesto con una ilusión,
dije en voz alta pero para mí,
a partir de mañana he de vivir
como un artista, un escritor distinto.

Ella dijo en voz alta, pero para ella:
Qué simple es nuestro amor
tenemos motivos para amarnos
y son tan poderosas las razones
que nada puede alterar nuestra armonía.

Nuestros dramas, ciertos anocheceres,
alcanzaban la cúspide del horror.
Ella era muy caprichosa y yo también.

Estaba hablando, le dije,
de poder vivir como lo que soy,
un artista del verbo, un poeta del color
y eso, en principio, carece de armonía
y si los finales existen en el amor
o en la escritura, no es que nada termine,
es que el hombre ha de dormir un día,
un día ha de morir.

La vida para mí es muy sencilla:
vives conmigo, me mantienes, me amas,
cuando me besas, me deseas
cuando no me besas, no me deseas,
así de sencillo,
el arte es el arte y la vida es la vida.

Ninguno de los dos pensaba,
exactamente, lo que decía.
Cada uno, montado en sus palabras,
defendía con uñas y dientes
su propio capricho.

La vida será muy sencilla,
reflexioné en voz alta,
pero es el verso el que la hace.
Y en el amor, querida mía,
cuando nos pasa lo increíble,
lo nunca visto o escuchado,
quiero decirte que esa escena
que parece tan nuestra,
ha salido de un verso
escrito hace mil años.
Pero, entonces, preguntó ella con seriedad,
de mí ¿qué amas, con qué te diviertes?

Me divierten tus desplantes,
tus depresiones,
tus alegrías exageradas.
Nada de lo tuyo me es indiferente,
tu tesón me hace ir a trabajar,
tu deseo de vivir con un gran hombre
me fue haciendo escritor
y tus celos, disparatados y casi sin motivos,
despertaban en mí deseos no aceptados,
vínculos que jamás hubiera establecido
nacían y se robustecían con tus celos.
Te amo por todo eso, ¿te parece poco?
Ella, esta vez, dejó las cosas como estaban
pero entre sueños murmuró:
No entiendo porqué este hombre
se conforma con tan poca cosa...

20

Ella me busca, siempre, todo el día
pero hace de cuenta que no me busca nunca.
Cuando pasa algo entre nosotros ella, siempre,
se sorprende de que le ocurran esas cosas.
Un día me lo dijo: No sé porqué,
a pesar de que no me gusta para nada
terminamos siempre haciendo el amor.

Como si te gustara y no te dieras cuenta.
Ahí estás, otra vez, con el psicoanálisis barato,
me dijo ella entre coqueta y ofendida,
si me gustara te lo pediría, hablaría de ello,
lo hago porque a los hombres les gustan esas cosas.
Por ejemplo, tú, prosiguió valiente,
cuando no hacemos el amor, trabajas menos,
me das menos dinero, te vas con otras mujeres
y hasta eres capaz de decir que soy histérica,
por todo eso hago el amor, pero decir que me gusta,
llamar deseo a mi caridad me parece exagerado.
No te pongas así, si tienes ganas hacemos el amor,
tú te tranquilizas y yo me pongo contenta
por haber sido útil, darle un gusto a mi hombre,
pero decir que me gusta todos los días
y que, a veces, te espero con ansiedad,
es, francamente, una exageración.
Cuando ella me habla así
me deja como distante y frío
y es ahí, cuando ella arremete:
Vienes muy cansado de trabajar
y nunca tienes ganas de hacer el amor.
Me da un beso, eso sí, cariñoso y se duerme.

A la mañana siguiente, claro está,
nos levantamos excitados, torpes, nerviosos.
Ella, durante el desayuno, habla tonterías
y yo le cuento sin ningún interés,
que a la tarde viajo para Thailandia
por negocios y, también,
por drogas y por putas.
Está bien, dijo ella, esta noche,
cuando vuelvas del trabajo,
haremos el amor.

21

Cuando estábamos con gente, ella
hacía de cuenta que nos llevábamos bien.

Cuando otra mujer hablaba de mí,
ella, condescendiente, aprobaba y sonreía.
Cuando un hombre me besaba en la boca,
ella se acercaba con picardía a sus amigas
y les decía, "Vieron es un hombre completo,
un verdadero artista moderno"
y las amigas reían a carcajadas y yo
comenzaba a sentir que ella y sus amigas
me estaban condimentando para comerme.

No es que me diera miedo, exactamente,
pero sus risas siempre me inquietaban
porque me habían contado cuando pequeño
que las mujeres lloran, se quejan, reivindicán
todo el tiempo o casi todo el tiempo,
pero cuando una mujer comienza a reír
es porque el amor rompió en su crecimiento
la celda oscura de su corazón
y llegó, encendido,
al centro de su cuerpo.
Es por eso que cuando ríen y ríen
las veo haciendo de mi cuerpo una caricia
y siento, sin comprender los alcances,
que miles de bocas, miles de manos femeninas,
atravesan todos mis verbos al unísono
y ahí, es cuando caigo, sí señores, caigo,
golpeado por el dolor de lo que nunca seré:
Una mujer riendo junto a otras mujeres,
planeando divertirse con el cuerpo del hombre.

Como si de algo se diera cuenta
dejó de reír con sus amigas y me preguntó:
¿Te pasa algo, querido, te sientes bien?
Nada me pasa, amor, le dije con ternura,
y mi sentir, aunque no lo creas, es todo tuyo
mas, en verdad, estaba preguntándome,
si el movimiento de vuestras tetas al hablar
tiene que ver con alguna frase, alguna palabra
o el movimiento de vuestras tetas
es, simplemente, mientras se habla,
una recomendación de no olvidar el cuerpo.
Tú siempre queriendo sacar enseñanzas
de la nada, dijo coqueta,
mientras se abrazaba a sus amigas
y, entre todas, reían.

22

Soy un cobarde, me digo al levantarme,
cuando me pongo a escribir no puedo,
luego escribo pero ya no soy yo.

Como me pasa a mí con el cuerpo,
cuando me acaricias no siento nada
luego mi cuerpo se pone loco de pasión
pero ya no es mi cuerpo.

Podríamos decir, le digo entonces,
que poema y amor es otro
el que por mí lo hace.
Sentirás el amor en tu cuerpo
y pondrás tu nombre al final del poema
pero vaya a saber qué fantasma o sombra
hizo ese amor, escribió ese poema.

Una vez, recuerdo, un gran marino
se posó en mi mano derecha
y escribí versos donde el mar me amaba.
Y con la mujer del aliento perdido
fui todo el tiempo viento desesperado
y nunca llegamos al amor o a la letra
pero rompimos la montaña, hicimos la noche.

Recuerdo, recuerdo, dijo ella,
cuando fuimos esas águilas fusiladas
y tu escribías de nuestra patria
y del dolor
y de la sangre caída inútilmente.

Sí, mi querida, mi pequeña,
es cuando el amor me atropella
que puedo amarte, dejarme poseer
y ahora, como un indio resignado,
dejo caer la pluma y sueño
que soy libre y feliz.

23

Ella, a veces, pedía cada cosa
que enseguida disparaba mi imaginación.
Un día me preguntó por el exilio y le dije:

Hoy he pintado de la muerte algún brillo
y la lujuria incuestionable del hambre.
No es que haya muerto o haya comido algo
fue un verde que rasgó la realidad
que atravesó los rojos y los serenos malvas
que se adueñó del centro de la vida
que fue a la vez, verde y canción,
verde y fuego y sombra y corazón
y sembró todo el mundo
de cuerpos verdes floreciendo al amor.

No fue la luna posándose en mi mano
fue el plata de mi infancia donde un río
era agua y metal, reflejo y movimiento.
Cuando la plata de mi río canta
hasta el sol se estremece tal cual un hombre,
lujurioso, frente a los brillos de la amada.

El río turbio y varón y la mujer de plata,
hacen frente a una ciudad desconsolada,
de una manera permanente, el amor.
Después, dibujo una clara princesa
en un nuevo cuaderno
y llego de esa manera a Plaza de España
y no recuerdo si no es con alegría
los primeros años del exilio.

De comer no tenía, seguí diciendo,
y el frío diferente me congelaba
pero caminar por la calle
como si fuera un huérfano,
sin techo y sin amor, me hacía bien,
no exactamente fuerte, pero más precavido:
Ningún viaje más alterará mi vida.
Me quedo aquí, al sur de Europa,
en Madrid, para siempre, escribiendo.
Sin mirar atrás, le dije mirándola a los ojos,
pero tampoco mirando hacia delante,
sin mirar, sentado y escribiendo, eso es todo.
Y ha pasado, mi amor, más de un cuarto de siglo
y aquí me tienes, sentado y escribiendo.

Todo pasó por mí y todo se alejó.
Nunca retuve nada y nunca
dejé que nada se escapara.

Todo lo mío estaba ahí, conmigo
y fui un poema roto o siempre por hacer
una piel enamorada de sí misma o muerta
y las calandrias, eso sí, las calandrias
haciendo círculos ilusorios
sobre la piel del tiempo,
volaban a nuestro lado hasta morir.
Puedo asegurarte, mi amor, que,
exactamente, en medio del dolor,
el espectáculo de las rosas creciendo,
al paso de los años, era maravilloso.

Está bien, dijo ella,
me doy por enterada.

Ellas, a mí, siempre me engañaron:
Cuando había un dolor, lo engrandecían
cuando había una alegría, la empequeñecían.
Todo gran triunfo siempre era casi nada,
todo fracaso conseguía en su decir
ser el peor de todos los fracasos del mundo.

Cuando gozaba como una, verdadera,
loca de amor, radiante y encendida,
decía, está bien, no fue tan malo
y cuando no gozaba porque no quería
o porque mientras hacíamos el amor,
pensaba en varias cosas del trabajo,
o su madre siempre a punto de morir
o algún amante que, cuando joven,
la rechazó y la quiso con locura,
ella convocaba una rueda de prensa
para insultarme en público,
para decirle a todo el mundo
que mi propia impotencia
era responsable de su propia locura.

A veces, sólo para engañarme,
salía con sus amigas pero a mí me decía:
He conocido un hombre elegante y culto,
hoy, querido, cenaré con él.

Con el dinero siempre me decía
que no le alcanzaba para nada,
después, para mantener el engaño,
el dinero que le sobraba a fin de mes,
lo regalaba y esas tardes maravillosas
que no encontraba a nadie en sitio alguno
que aceptara de regalo el dinero sobrante,
lo tiraba mientras caminaba tranquilamente.
Y hacía pequeñas pelotitas de papel moneda
y cuando pasaba por alguna alcantarilla,
trataba de embocar en las ranuras y
cuando conseguía pasar por la rendija
alguna pelotita de papel moneda
se divertía como loca y gritaba,
he triunfado, esta vez, he triunfado.
Cuando volvía de esos delirios del papel,
abría su cartera vacía, sin un céntimo
y me decía, te dije, querido, varias veces,
el dinero que me das no alcanza para nada.

Esto ocurría alrededor del día 25 de cada mes,
yo mucho no entendía y la miraba, tal vez,

sorprendido de que el dinero no alcanzara
y sumiso metía mi mano en el bolsillo
y le decía, "Aquí tienes, querida, 200 Euros"
y ella, siempre encerrada en sus pensamientos:
Y con 200 Euros, ¿qué quieres que haga,
tal vez, que te compre alguna puta inglesa...?
Querida, le dije, una puta, no creo,
pero alguna blusita, un caramelo,
y ella, inefable, maravillosa, loca, me dijo:
30.000 pesetas, es lo que tú ganas,
en quince minutos de trabajo,
¡Vaya mierda, lo que me das!

Y ahí no fue donde le pegué
o quise matarla, al menos, en parte.
Volví a meter mi mano en el bolsillo
y de un sobre con diez mil euros,
destinados a una de mis amantes,
tomé mil euros y al dárselos le dije:
Yo sólo trabajo para ti, querida
y ella me sonreía mientras tiraba
los mil euros por la ventana abierta,
al aire, al porvenir del aire,
al ansia de volar,
a la alegría plena de la libertad.

25

El cuerpo era una verdad incuestionable
pero nadie encontraba la manera de decirlo.
Venía, se imponía sobre todo y, al partir,
dejaba un temblor en el ambiente
que nadie podía reconocer como propio.

La tiranía de nuestro cuerpo
sobre nuestra vidas, no tenía límites.
Cuando estaba presente
lo rompía todo con su prepotencia.
Ahora a comer, ahora a cagar, ahora a follar,
ahora, ya mismo, ahora,
comer aunque no haya comida
cagar mil veces ese montón de nada
y follar en un momento inoportuno
y, siempre, con quien no corresponde.

Y cuando el cuerpo no está,
ahí, el hombre, comprende su esclavitud.
Ni siquiera un alma fortalecida
por el deseo de amar y la amistad,
puede vivir sin cuerpo.
Recapitulemos, amada,
tú me concedes una gracia y me la chupas,
por decirlo de alguna manera, me haces un favor.
Con la vida que llevamos en el mundo moderno,
yo gozo lo que puedo y te agradezco.
Pero esta noche me quedé pensando.
¿Su boca gozará?
Fui recorrido por un escalofrío,
cuando llegué a decirme
tal vez, sólo su boca te ama,
tal vez, sólo su boca te desea,
por qué no conformarme con su boca,
por qué no hacer de esa boca
que chupa y que desea todo el tiempo,
un monumento histórico y tirar,
a los perros hambrientos,
con mucho amor, todo el resto.

26

Ella llegó una tarde desesperada y a los gritos:
¿Viste, mi amor, lo que pasó en Galicia con el mar?
Una gran bola negra de mierda y de dolor,
en alta mar, mira amenazante hacia la tierra,
mientras silenciosa mata los peces en el mar,
envenena las rocas y los musgos marinos
para que nadie nunca más, ni siquiera los peces,
pueda hacer el amor en el profundo mar.
Y tú ¿qué piensas?, me preguntó antes de desmayarse
porque el alquitrán se le pegaba a la garganta
y, al mismo tiempo, le impedía respirar y cantar.

Estoy convulsionado, amada, y no digo roto
porque no corresponde a un hombre de mi edad.
Es cierto, mi pequeña, la marea negra
ha pegoteado y manchado
todos mis pensamientos,
desde la pequeña almeja enamorada
hasta el marisco varonil y encendido,
avergonzado de su belleza ennegrecida,
se esconde sucio
tras las rocas sucias
en un sucio mar.

Hoy mismo, dijo ella con fuerza,
dejaré de jugar y de comprar regalos
y enviaré ese dinero a Galicia
para que puedan limpiar dos o tres
mejillones o comprarse un buzón
y enviarse una carta
de un pescador gallego
pidiendo piedad:
Señores gobernantes, no queremos vuestro dinero,
queremos los medios adecuados para curar el mar.
Porque es necesario, Señor Presidente, para nosotros,
que haya mar, marineros, pescadores taciturnos.
Con vuestro dinero podríamos comprar algo de pan
y hasta festejar con algún alcohol la noche buena,
pero sin mar, ciudadanos del mundo, deben saberlo,
sin mar, sin pescadores, Galicia morirá y no de hambre,
morirá intoxicada de tristeza por la falta de mar.

Yo, querida, no puedo dejar de jugar
ni ninguna otra cosa, no puedo
dejar de vivir, de amar, de ilusionarme,
no puedo dejar ni mi trabajo ni mi dignidad,
debo llevar conmigo, en mi vida diaria,
todos mis vicios, que sólo son jugar,

y todos mis amores, mis cantos
y, si la hubiera, algo de libertad.

Y he de vagar por donde el mundo vaga
y, cuando el mundo todo se detenga,
yo escribiré, en un verso, ese silencio
y pediré a la rosa que florezca
en la estación precisa, con el color exacto
y amar humano amor y, también, las sombras,
los silencios a los que no llega ninguna humanidad.

Y, también como humano,
quiero poder amar el sexo,
cuando el sexo no tiene
de humano casi nada,
sino la fiera misma,
con su orgasmo,
siempre estrepitoso y a tiempo
y la vaca esperando detenida
hasta el nuevo ser.
Amar, le dije para cerrar,
con voluntad desesperada
del hombre su animal,
su fiera encadenada.

Así me gusta oírte hablar,
dijo ella entretenida en el espejo,
tal cual un macho de la especie,
nada de palabritas ni arrumacos,
ahí, tieso, siempre para adelante.
Tienes que tener más cuidado, le dije,
que estoy hablando de otra cosa.
Sí, hablando de otra cosa, sin embargo,
la vaca esperando detenida ¿no soy yo, acaso?
y ¿quién más encadenada que yo misma,
tu fiera, pero mansa, atada a tus caprichos?

El verso se complica, amada mía,
le dije, con ternura extasiada,
ten paciencia que, un día,
te resucitaré, haré de ti una mujer distinta,
un hombre bien plantado, diferente.

Ella comenzó a reír, mientras decía:
Cada nuevo filón de oro,
y me miraba y se reía,
está encarnado en un nuevo trabajo.
Una nueva ley, antes desconocida,
regula, ahora, el oro, la obra producida.

A mí, también, me gustaría, le dije,
vivir pagado a un árbol en plena selva virgen,

pegado por mi boca, chupando todo el día
la savia universal, la vida plena
y así descansaría y, al anochecer,
escupiría estrellas y cagaría
diamantes encendidos y mi semen
sería el misterioso unguento blanco
que luchará sin tregua,
contra la asesina que en el mar acecha.
Marea negra es su nombre vulgar,
en el Gobierno la llaman
"pequeño error de apenas un milímetro"
que costará casi todo el poder
y, en algunas oficinas de correos,
sin explicar motivos, la llaman
"el mensaje trabado"
y chapapote quiere decir,
todo el mundo lo sabe,
que el Gobierno no pudo con el mar.

¡Abrid los ojos, ciudadanos! Ahora,
que distraídos están los gobernantes
y recordad el chapapote
y la lujuria del dinero negro,
la negritud, espléndida, de las armas negras
y el chapapote del racismo, también,
contra los ciudadanos negros.

Hasta el Señor, Gran Dios,
tuvo su chapapote
cuando, muy bondadoso, exactamente justo
y exageradamente hermoso, tuvo que matar.
Y no está mal que se librara de morir matando
pero sus fieles quedamos condenados a vivir
con el Gran Dios que vive y su mitad que ha muerto.
El chapapote del Gran Dios que vive y muere,
siempre sin remedio, cada día, en nosotros.

No te creía tan creyente en Dios,
me dijo ella, vacilándome,
te hacía, sencillamente, un pagano,
un hombre de mucho mundo, sin Dios.
Me dio la espalda y, girando la cabeza, me dijo:
Vaya a saber en qué estarás pensando
cuando, en el verso, escribes la palabra Dios.

No quise discutir y me quedé cavilando
mas, de golpe, como saliéndome del alma,
"tal vez en mí mismo", le dije sonrojándome
y ella al hablar tensó la cítara
hasta el rasgido del silencio:
No me parece mal que, de tanto en tanto,
la vida te condene a que te creas Dios

porque, para mí, querido, lo eres todo el tiempo,
hasta cuando la bruma de un humo sombrío,
inexistente y dramático, me deja sin ti,
yéndote a galope tendido en el poema.

Le dije gracias, por decirle algo,
y me tiré por la ventana del piso 23
y nunca más pude llegar a tierra.

El chapapote pegajoso e inmundo
sobre la arena y el salitre,
sobre las piedras y el amor,
asqueroso, inextirpable,
tal cual cáncer maligno,
no me dejó llegar.

Ahí, me di cuenta del desastre
y ya no había tiempo para nada:
En un país rodeado por el mar,
habíamos elegido un Gobierno
que nada conocía del mar.

27

Esta noche vienen a visitarnos
mis dos mejores amigas de la juventud,
así que mejor pensamos cómo recibir las,
quiero verlas felices aunque sea una noche.

¿Y yo qué tengo que ver en los festejos?
son tus amigas, yo no las conozco,
mejor me voy al bar o escribo y,
además, cuando las mujeres hablan
entre sí, de sus cosas, no las aguanto.

Ella, como mimosa, me dijo dulce:
Nada, tú no tienes que ver nada,
son mis amigas
pero yo soy la única de las tres
que consiguió casarse y tú,
querido, eres el único marido
que conseguimos entre las tres
y, ahí, algo que ver, un poco, tienes.

Nuestro único pecado, haber seguido fieles
al infinito beso y esas cosas que nos diste,
a las tres juntas como si nos amaras juntas
el día de nuestra boda ¿lo recuerdas?

Aquí nos tienes, somos las tres en una,
tres pero con la misma consigna, amarte
como si fuera posible amar los huracanes,
haz con nosotras lo que puedas sostener
con tu palabra, tu sexo o tu dinero,
entonces, además de nuestro cuerpo aquí,
contigo, conseguirás, aunque no exista,
nuestro amor ferviente, iluminado y,
cada vez que en el poema digas mujer,
o mi mujer, o la mujer del viento
o la terrible muerte traicionera,
siempre seremos tres, tres ataduras,
tres vertientes oceánicas en tu piel
y por sobre todas las cosas
miles de historias de celos y dolor
para tu poesía, para todo el color.

Yo me dejé estar en versos compañeros,
y la vida que no se acaba nunca,
recorrí el camino recorrido y me detuve
y me caí mil veces y todo era hermoso
mis palabras habían tocado cada lágrima,
cada sonrisa, toda la belleza del porvenir.

Apuesto mi vida, les dije,
a la inteligencia de mis manos
porque mi hombre no se hizo viviendo
todo lo que toqué de humano y de verdad
lo conseguí escribiendo versos míos y ajenos.
Ahora querida, me toca vivir,
vivir, simplemente, sin hacer nada.
Una que otra conversación, agregó ella,
un tango, por las dudas,
alguna mujer te lo pidiera.
Eso mismo, le dije
y una mujer para bailar el tango
y los juegos de azar
y los compromisos revolucionarios
que tanto bien le hacen a la poesía.
A tu lado yo me sentía siempre
el súper Lázaro, el resucitador,
ponía levemente mi mano
sobre las heridas del alma
y éstas, las pobres, cicatrizaban
para dar paso al amor.
Qué valentía, dijo ella, qué gesto solidario.

A veces nos reuníamos en bandadas
para averiguar quién era el amor
y nunca hubo tanto viento
tanto viento sobre tanta nube.

Pero qué valentía, qué belleza.

Todo se evaporaba entre las manos,
el amor era imposible ser y eso,
precisamente, nos mantenía unidos,
creyendo, tal vez, que algún día...
Hasta que, resignados, escribimos:
En el ejemplo de vivir, vivir es el ejemplo.

Yo grité, “El oro está aquí, yo tengo el oro”
y todos miraron mis manos hasta arrancármelas
y revisaron mis bolsillos hasta rasgar mi piel.
Y nadie miró mi corazón
y nadie se deslizó por mis palabras
sólo la muerte, la locura, la mujer
se abalanzaron sobre mí y ella me dijo:
Arráncame los ojos, y yo le regalé todo mi amor.

Blandiendo el estallido genial de la memoria,
recuerdo haber nacido, le dije con entusiasmo,
recuerdo, perfectamente, los primeros pasos,
después llegué hasta aquí, cumbre o vacío,
rodeado, inmerso en el lenguaje,
ese mar espectacular y bravío y yo,
como dice el poema,
una pequeña balsa enamorada.

Me gusta cuando hablo, me dijo ella,
entrar en escena después de mis palabras.
Una rama madura que me permita,
ver a través de su textura los pequeños
rayos de sol, ofreciéndose,
como comida y consuelo al árbol amigo.
Una rama madura envuelta
en el torbellino de tus ojos, alerta siempre,
desesperada siempre, esperando la plenitud
para decirnos las palabras de amor.
Rama madura de la poesía por doquier,
como una lluvia de camelias encendidas,
suave lecho nupcial,
para los enamorados de la canción
que, en este caso, me dijo
sonriendo hasta con los ojos,
somos tú y yo.

29

Existen pasiones que no alcanzo a comprender,
hoy, un Dios, se beneficia con nuestro canto.
Y ella, con ternura y con rabia, quiso preguntar:
Y, si hasta Dios se beneficia con nuestro canto,
¿porqué? no nos quieren pagar por nuestro canto.

Sus ojos eran lejanos en la pregunta,
fue entonces cuando le dije:
Estamos aquí para morir
Pero, el que muera hoy,
mañana no cenará con nosotros.

Eres tan diferente al resto del mundo
que muchas veces no lo puedo creer
y te trato como a todo el mundo, mal,
me alejo de ti cuando te necesito,
me obligo a romper y abandonar
lo que goza en mí y viene del mundo.
Soy, ¿cómo decirte, una piojosa?
y no tanto por los piojos que no tengo
sino por celosa y envidiosa, mi amor,
no puedo soportar el goce ansiado
si proviene de ti, la caricia o el triunfo,
por eso es que prefiero pensar de ti
que eres vulgar, estúpido y hasta feo.
Que aprendiste a escribir a mi lado,
cuando nos conocimos no sabías
tratar a las mujeres ni al poema
y después la conclusión es sabia,
me lo digo para tranquilizarme:
Y, todavía, lleno de ilusiones,
pretende que goce con sus cosas.

No está mal, le dije con confianza,
al menos has aprendido a hablar,
ahora los dos juntos, tal vez, podamos aprender
que siempre habremos de alcanzar alguna altura
y, después, siempre y cada vez, habremos de caer.
Y no podrá ser de otra manera, subir y después, caer,
lo mejor es, entonces, aprender a caer como un atleta
para quedar saludables y en condiciones de empezar
a subir, nuevamente, amando y volando, a las alturas.

Ella fue contundente cuando dijo:
Y ahora ¿qué quieres?,
que tome un profesor de vuelo
o que te chupe, sin más...
Sus puntos suspensivos puestos ahí
me indicaban hablar o permitir que,

a causa de mi silencio incomprensible,
una vez más, me llamara marica.
Espero le dije, tembloroso,
estar torciéndome lo suficiente
para que nadie, exactamente,
me pueda seguir.

Cuando me doy cuenta
que puedo escribir
de todo lo que me proponga,
no me propongo nada.
Hay días que pienso que no merezco, del mundo,
sino aquello que el mundo me concede.
Lo que el mundo no me da y es necesario,
lo consigo yo mismo, trabajando.
Y lo que el mundo no me da y es superior
o superfluo o de lujo, lo consigo virtual,
escribiendo, haciendo el amor, soñando,
cambiando mi pequeña y pobre familia
por la ambición de producir dinero,
jugando con las palabras a los versos,
jugando con los colores a estar vivos,
jugando con nuestros cuerpos al amor.
Ella hace, con cierta inteligencia,
frases enteras donde mi sexo no existe,
no tanto por envidia o dolor sino,
sencillamente, para acortar distancias.
Ella, en definitiva, destruye todo
lo que se interpone entre ella y yo,
aunque sea propiamente mi sexo.
Entonces es cuando me pregunta:
Y después, ¿qué harás?
Escribo todo el tiempo,
desesperadamente,
día y noche
hago mío el color,
desesperadamente,
y amo como se debe
y como no se debe y,
a veces, hago el amor
con quien no corresponde,
pero debes saberlo:
Siempre, desesperadamente.

Cuando ella me dice casi llorando
que nuestro pequeño amor es,
tal vez, una cosa mala,
en realidad quiere decir:
Mi amor no es tan pequeño,
es lo suficientemente grande
para ser descubierto por un niño
y darse cuenta que es malo,
al menos, para mí.

Tengo que aceptar, le digo,
que soy un creador,
ejerzo el poder de la incertidumbre.
A veces, sin embargo, me detengo,
hay frases que no puedo escribir,
es como si quisiera estar muerto.
Luego pienso lo que dirán
de mi sexualidad después de muerto
y se me van las ganas de morir.
Y Ella quiere chupar y partir
y yo quiero que ella chupe
y se mire chupando.

Hacerme gozar, ya que está ahí
todo lo que yo quiera o necesite,
pero al mínimo goce de su cuerpo,
al mínimo goce de su alma,
concluye el movimiento, rompe la cítara
y vuelve con toda tranquilidad a su tumba.

Al otro día resucita para pedir perdón.
No era necesario que yo guiara sus manos,
ella solita, guiada por el deseo
de ahogarse con mi semen,
lo hacía casi todo.

Yo gozaba
pero la perfección en los movimientos
y la velocidad exagerada en producirlos
me hacían dudar del resultado.
Amo y olvido, le dije con orgullo,
cuando vuelve el amor siempre eres otra,
con tanta novedad nunca me aburro.
¿Cómo llamar malo, le pregunto cariñoso,
algo que nos da vida y, en mi caso, rejuvenece?
Tal vez porque al gozar algo se muere,
algo se descubre de una muerte lejana
que viene del futuro y que ya ocurrió
y es por ese contrasentido, amada,

que algo goza cuando nos encontramos
y algo goza al partir.

Bueno, está bien, dijo ella,
mucho no entendí pero parece
que tienes ganas de besarme,
puedes hacerlo, dijo sencilla,
pero después no digas que soy una histérica
porque primero te beso y luego me voy.
No tengo ganas de besarte y además
no tolero, como creo un hombre debería,
que las mujeres hagan todo por mí,
sin sentir mucho, sin desear nada, sin vivir.
No tolero y, tampoco, lo creo.
A veces me encuentro pensando
que es tan fuerte el deseo de una mujer
y tal la sumisión del hombre a ese deseo
que ella no tiene que hacer nada, ni se le nota,
pero ella desea y él pone ahí, sobre la mesa,
su deseo, sencillamente, como un esclavo:
yo gozo pero ella tiene todo el poder.
Y cuando ella goza y yo soy el poderoso,
le ordeno gozar y, ahí, es cuando me ama.

31

Te estuve buscando todo el día
y no pude encontrarte
y ya sé
que estuvimos juntos todo el día
pero no pude encontrarte.
Primero dejé fluir los pensamientos,
después llegué a buscarte dentro de mí,
abrí mi vagina de par en par,
abrí mi boca, mi corazón,
y no pude encontrarte.
Cuando seguí una flecha con tu nombre
encontré cenizas, tonos grises, soledades.
Traté de recordarte y te soñaba muerto,
encorvado, como vencido o paralítico
y me pregunté casi sin culpa:
¿Cómo es posible seguir amando eso
que ya no puede otra cosa que caer?
Pensé en mi madre vieja y enferma
y, también, en los cementerios de Europa,
llenos de gente pudriéndose hasta desaparecer.

Vamos a renunciar, le dije, para que haya mundo,
a la nada que representa nuestro amor y ella,
como si ya lo hubiera pensado, preguntó:
¿Y quién te dijo que yo quiero que haya mundo?
Lo que pasa, querida, que mundo hay y yo
estoy dispuesto, para que tu consigas tu libertad
y llegues al mundo que ya funciona desde siglos,
a renunciar a nuestro amor.
Yo, dijo ella todavía serena, aquí me quedo,
yo formo parte de tu mundo y, también, de ti.
No pretendía, le dije, separarme de ti
pero que nos alejemos un poco, algo,
para que puedas salir de tu habitación,
para ir a trabajar, al cine, al Parque del Oeste.

Salir de casa, un rato, no estaría mal
pero trabajar ¿para qué?, si tu dinero sobra
para mantener a diez mujeres como yo
y si quieres ahorrar podemos separarnos,
me das la mitad que me corresponde
toda de golpe en lugar de sentir todos los días
que soy un vampiro que te chupa la sangre.
Esto para mí, esto para ti:
Tú te quedas con los chicos
yo con el coche nuevo y la casa
donde con tanta pasión hicimos el amor.
El resto de las propiedades te las puedes quedar
yo, querido, me quedo con todos los recuerdos

y cuando venga a visitar a los niños
haz el favor de saludarme cálidamente
como si alguna vez me hubieras amado,
yo a cambio nunca les diré que eres marica,
no tanto homosexual, que yo también lo soy,
sino marica, débil para el amor, para el trabajo.

Te digo que yo no quiero separarme
mas te diré que a los niños, tus chicos,
los encerraré en algún internado para niños
y a tu madre la rifaré un domingo
en la reunión con los bomberos voluntarios.
Y no está del todo mal que, amablemente,
me dejes el resto de las propiedades
que, en realidad, son totalmente mías
y en cuanto a los recuerdos, te los regalo,
el amor es esto que ves y el pasado no existe.
Cada vez que le decía "el pasado no existe"
se ponía mimosa, me miraba con ternura
y todo comenzaba nuevamente
y, un día, quiso darme un consejo:
A veces, cuando te veo correr detrás de mí,
siendo yo tan joven y tan superficial,
me parece que alguien, con intención, me engañó.
Que tú no eres ni tan sabio ni tan inteligente,
que no tienes ni por asomo tanto dinero,
hermoso más o menos y, con 63 años, un poco viejo.
Si tú no me buscaras, si no corrieras tras de mí,
serías hermosísimo, sabio y adinerado y tus años
a causa de tu inteligencia no se notarían.
Pero tú insistes en que yo goce,
que tenga algún deseo,
tu codicia, tu gula no tienen límites,
no te alcanza con tu goce, eres egoísta,
quieres para ti, también, mi goce
qué barbaridad...
Sus pensamientos eran casi exactos,
por eso yo no terminaba de creer
en su pensamiento
y tampoco le creía demasiado
cuando se volvía loca o lloraba
o se enamoraba del otoño, pero esta vez,
yo sentí que había producido una verdad:
¿Por qué yo no podía conformarme con mi goce?
A ver, ¿por qué? ¿acaso no era todo lo masculino
que ella, en su ambición amorosa, necesitaba?
¿Por qué no la violaba, a ver, por qué?
¿Por qué mi amor la pretendía amándome?
A ver, ¿por qué? ¿por qué no la violaba?

Estábamos acorralados pero libres,
Vivíamos solos, pero vivíamos del amor
y nos arrastrábamos entre las piedras
pero siempre estábamos en el aire.
Buscábamos la luna en pleno día
y el sol a medianoche, buscábamos
la caridad en los burdeles
y, claro, nunca encontramos nada
pero gozábamos como locos.

Una noche, eufórico, le dije:
Si no quieres naufragar, pequeña,
aléjate de mí porque a mi lado
estarás siempre atada, encadenada al goce
porque yo soy el que goza con el goce ajeno.

Estar a mi lado es encerrarse para siempre
en ese tiempo donde la mujer puede
arrasar el pasado, desterrar los recuerdos
y comenzar la nueva historia del amor.

Ella, corriendo todo el día por la calle
buscando algún trabajo, un falso amor
y yo, plantando legumbres y lechugas
en el patio de nuestro piso céntrico,
la espero, hago como que la espero y escribo,
la espero, hago como que la espero y pinto,
la espero, hago como que la espero y retoco
algunas fotografías del pasado lejano o cercano,
para que todo mi pasado, también el día de ayer,
alcance la belleza de la luz, del color, de la poesía,
de este porvenir radiante que aún no he vivido
pero que puedo sentir cuando lo escribo,
cuando con algún color desesperado
mancho, para siempre, la pureza del negro.

Me gustaría dejar de jugar hoy
para seguir jugando siempre.

A veces, toda la vida es eso, le dije.

Me gustaría adelgazar
para poder seguir comiendo
o trabajar de noche para no soñar
o emborracharme todo el día
para mirar mi sexo y verlo doble
y a ella, esta vez, no la besaría,
la arrastraría de los cabellos
tal cual un hombre primitivo

hacia las orillas de un poema
y la arrojaría a ese vacío de luz,
a ese abismo insondable
donde la palabra
tiene de la magia
todo el poder.

No éramos, exactamente, un hombre y una mujer.

Yo de ella lo sabía todo.
Ella de mí no sabía nada.
Cuando yo le hablaba en voz alta
de mi propia inteligencia o de mi amor,
ella no entendía nada pero me amaba.
Un día se lo dije con valentía:
¿Qué puedes amar de mí, si nada conoces?
Eso, me dijo ella, de ti amo el misterio,
lo que prefiero no conocer
para que la fantasía de mis sueños
sea la realidad de nuestro amor.

Con esos pensamientos, a veces,
la atropello conduciendo un camión
alrededor de la mesa del comedor
y ella no se da cuenta de nada.
Tornados, dice, terremotos
y ahí, en medio del mundo cayéndose,
los dos solos, abrazados uno al otro,
resistimos la inclemencia del tiempo.

A mí me pasa que, como la conozco tanto,
me da vergüenza dominarla con mi saber
pero debo confesar que me divierte
verla saltar de alegría o llorar hondamente
cuando le digo así o de aquella otra manera
que, directamente, la enloquece.

Ella cierra los ojos y me escucha
y ese es nuestro amor, nuestro poder.

En el encuentro con las lágrimas
ella, podríamos decir, era feliz.
Buscaba, llorando, un destino
y se encontraba en su interior,
siempre llorando, a sí misma.

El hombre sufre siempre por lo mismo,
en la cúspide de la poesía, todavía,
siento que mi hombre puede morir
por falta de comida. ¿Y de amor?
preguntó ella suspicaz y, sin esperar
algún gesto mío o alguna respuesta,
se abalanzó sobre mis pobres dudas
y rompió todo lo que se rompía.

Y hablaba de mí y de ella
como si fuéramos la misma persona:
Después, también, están esas mujeres
que te aman porque están aburridas
o bien, aquellas que están locas
y están a tu lado como una técnica
de defensa personal contra la locura.
Eso, a mí, también me pasa,
cuando todo está por estallar
cuando ya no tolero los pájaros volando,
me descompongo en tus brazos, un instante
y el mundo vuelve a ser lo que era.

Hoy estoy intoxicado de varias maneras,
querida, le dije, al borde del desmayo.
El alcohol de la fiesta, tus besos de borracha
haciéndome gozar hasta el amanecer
y, después, ese regalo de oro del Himalaya,
llevaron la intoxicación al centro del delirio.
Me veía llegando a los lugares en silencio,
varios de mis amores murieron de espanto
por mi manera sigilosa de llegar a la piel.

A mí me pasa mucho peor, dijo ella,
a veces, soy una esclava de mí misma,
me encadeno y me golpeo sin miramientos
y me pregunto qué fue lo que pasó:

Éramos duendes y salvajes,
todo al mismo tiempo.
Duendes cuando hacíamos el amor
salvajes cuando hablábamos.

Todo se ha de cumplir inexorablemente,

decía ella, entusiasmada, y yo doy otra calada
y el humo, ni caliente, ni frío, ni siquiera humo,
me envuelve en un torbellino de locura
que no puedo sino reconocer como propia.

Luego comienzan a temblar las guitarras
y la tarde se contempla a sí misma
y se siente dichosa porque la fiesta
ha de comenzar antes de su muerte.

Y en un día de fiesta se mezcla todo,
una señora gorda y hasta un bebé llorando,
una madre destetada y ansiosa
y la central lechera de huelga general.

El pobre niño sufre los primeros días
mas decide vivir y se amamanta solo,
después, cuando es un hombre, necesita sentir
que alguien lo quiere porque sí, por nada,
y, aunque sea un triunfador en todo lo que haga,
es capaz de morir todos los días por amor.

Una noche fatal,
de copas y de amores,
una mujer le dijo:
Necesitas el amor de tu madre
y él le asestó,
sin decir palabra,
treinta puñaladas.

34

Hay hombres que no saben tratar a una mujer,
él me lo dijo, con algo de dolor, pero lo dijo:
Otra mujer me da lo que te pido a ti
y yo te doy lo que corresponde a otra mujer
y, sin embargo, nos amamos, seguimos juntos
yo recibo con ternura tu ternura y, también,
todos tus proyectos, todas tus ilusiones
pero no puedo entender del todo
mi sexo, ahí, como muerto, y tú feliz.

Es que pensamos diferente sobre el hombre
tú, querido, crees que el hombre es eso,
pero yo, en realidad, amo de ti la vereda,
la casa en que vivimos, el jardín y la flor,
la posición social de ser una mujer casada
y ¡oh maravilla! sin ninguna obligación
porque tú eres un hombre moderno.
Tus versos, eso me gusta mucho, vivir
junto a un poeta creo que me hace bien
y, después, el dinero fácil, sencillo,
ese dinero que se puede ganar
y que no se necesita para nada.

Te das cuenta, querido, que follar o no
pierde importancia frente a esta montaña
de ternura y pasividad, podríamos decir,
de un amor eterno, como el amor de Dios.

Hay hombres que nunca pudieron
decirle a una mujer que la amaban.
Ella llamaba por teléfono, desesperada,
de un país lejano y extranjero
para preguntar si él la amaba
y él siempre le decía:
Mejor lo hablamos cuando vuelvas.

Ella nunca volvía y cuando volvía
era para vengarse, para despreciarlo,
para hacerse amar por otro hombre,
para que alguien que no fuera él
le pudiera decir cuando ella viajaba:
Te amo y cuando nos encontremos
te besaré de una manera distinta,
arrebataadora y asfixiante,
bordaré, en tu pecho, amada,
la memoria de mi piel gozando.

Y ella era capaz de sacrificarse
para conseguir que un hombre le dijera:

Quiero que seas como un águila,
que no se come el viento
que la ayuda a volar.
Lo ama, sí, pero no se lo come.
Eso quiero que entiendas, bien amada,
puedes amarme todo lo que quieras,
hacer un altar, adorarme por las mañanas
pero tú serás la encadenada, yo sigo libre,
en el poema, en el universo del poema,
mientras tú me amas hasta enloquecer,
yo seré el amante de la libertad,
y fue entonces cuando ella dijo contenta:
Y ¿por qué ha de ser más difícil amarte a ti
que amar ese imposible de la libertad?
Cuando se juega fuerte, quise explicar,
hay que mantener las cosas en secreto
y tú, querida, estás jugando fuerte,
pretendes que el poeta que soy
te lleve por delante, te atropelle
y eso no está bien visto por el amor,
así que yo me quedo aquí, en el poema,
en plena libertad, esperándote.

Es un momento de creación infinita,
me dijo, estoy a punto de morirme.

Mientras gozaba poco o más o menos
la vida con ella era un idilio de sueños,
teníamos grandes peleas, sobre todo,
el día después
de haber gozado con exageración.

Cuando a la noche ¡qué polvo! ¡Santo Dios!
a la mañana siguiente, propiamente, el calvario.

Al principio, siempre quería matarla
hasta que un día pude comprender
que era su goce el que la mataba.
Cada vez que me causaba daño
yo, en venganza, la hacía gozar.

El goce me sobresalta, no puedo evitarlo,
primero sufro porque siento que me voy a morir,
después, cuando me encuentro relajada y tranquila,
toda viva, sufro porque algún humano me salvó.
El odio más profundo lo siento
cuando me doy cuenta que se lo debo todo,
un día, él me dijo:
vagina funcionará, y vagina funcionó.
Después, en la mitad de un polvo,
me dijo con ternura: la mujer debe poder
decir todas sus cosas, escribirlas,
hacer de sus cosas la historia de la mujer,
de nuestro tiempo, de nuestro mundo.
Después, me enseñó a amar el trabajo
y ayer a la noche me dijo: ya eres libre.
Ya sabes escribir, amar y trabajar
y eso es lo que necesita una mujer
para poder producir su propia libertad.

Escribir para que sea posible la vida.
Amar para poder construir el mundo
en el cual habremos de vivir, pensar
y trabajar para que símbolo y carne
no puedan confundirse nunca más.

Me encanta, dijo ella con sorna, la vida
que me propones antes de abandonarme.
Y no te has preguntado que, a lo mejor,
prefiero escribir la historia de nuestro amor
que fue lejano e imposible
y con el amor seguir insistiendo

aunque nada se pueda del todo o bien,
y trabajar sólo para poder comprarte.

A mí, para decir verdad, le dije,
no me importan mucho los motivos
ni quien habrá de beneficiarse
con lo que puedas producir.
Sólo quiero que experimentes
esa virtud del hombre
de poder, con sus manos,
modificar el mundo.

En cuanto a la poesía y al amor,
si fueras capaz de entender
la fuerza del trabajo,
te daría plena libertad.
Puedes escribir mejor que yo, si lo deseas,
y puedes amarme todo lo que quieras.
Y si no te alcanza tanta libertad
puedes escribir peor que yo
y puedes amar otros amores
o condenarte a vivir con los ahorcados
o encerrarte en tu habitación,
limpiando los collares y los aritos de oro
y planchando la blusita azul y blanca
que usaba tu madre antes de morir.
También puedes, si quieres,
romper todos mis besos,
quemar todas las cartas,
hacer añicos los bordados del tiempo
y comenzar, sola, desde el comienzo,
todo de nuevo.

Hoy voy a escribir un verso
donde voy a retratar
el alma mía que, enferma,
vaga sin poder parar,
buscando un alma gemela
que la pueda consolar.

Mas la mitad que le falta
nunca ha sido su mitad
por eso que al encontrar
lo que con tesón buscaba,
no se adapta, no combina,
no tiene armonía, no.

Me quedo con lo encontrado
mas nunca podré decir
que lo que encuentro, buscaba.

Por ejemplo, una noche al llegar del trabajo
ella me dijo: A mi amiga no le gusta su cuerpo,
haz el favor de amarla,
ámala, para que el mundo gane una mujer.

Y así fuimos alterando nuestra razón
porque nuestra razón era lo único alterable.
Con nuestro cuerpo hacíamos malabarismos
para ponerlo contento.
Temíamos más las respuestas de nuestro cuerpo
a nuestras acciones que el peso mismo de la ley.
Había algo dictatorial en nuestras vidas
y eso eran nuestros cuerpos.

Después vendrán los estallidos de la vida
y toda piel tocará su arrebató,
toda voz su dolor.
Es por eso que me voy a despedir,
amada, en este verso,
del mundo de las cosas y de ti.

Él ese día me hablaba con sinceridad:

Si de vivir se trata, cien años más,
hay que saberlo, amada, ni tu cuerpo
ni el mundo de las cosas dura tanto.
Sin cosas y sin cuerpo, las palabras,
las palabras sencillas serán nuestra vida.
No será necesario decir madre o amor
para sentir escalofríos.
Y un día ha de romperse el tiempo

y empezaremos a caer
mas, sin cosas y sin cuerpo,
ha de ser fácil para el viento
llevarnos, en sus propias entrañas,
alrededor de todo el universo.

Pero eso es como la muerte, le dije,
y me dejé deslizar por la pendiente
que, en realidad,
era el tobogán de nuestra infancia.

Sucia de arena y de besos, esta vez,
desperté para siempre.

37

He fabricado días donde el sol
no conocía su función de amor.
Incendiaba los bosques,
secaba la piel hasta romperla,
derretía los hielos eternos,
descomponía el alba.

Creyendo entender lo que decía
intenté, esta vez, responderle.
Para triunfar en eso que hacíamos
se necesitaban, al menos, treinta años
pero nosotros dos, que éramos geniales,
queríamos producirlo cada vez
que hacíamos el amor o sonreíamos.
Y cuando gozábamos de manera especial
creíamos que a la mañana siguiente debía
estar todo hecho y a las mil maravillas,
creíamos que mientras nosotros gozábamos
como cerdos o como animales enloquecidos
o como estrellas perdidas para siempre,
miles de personas hacían nuestro trabajo.

Al otro día, al levantarnos a la mañana
y encontrarnos sin nada, sólo el goce perdido,
sólo esa música de ayer que se comió la noche,
pensábamos que el mundo no nos escuchaba,
que nuestros increíbles esfuerzos cotidianos
por hacer las cosas bien, eran inútiles.
Cuando nos quedábamos a solas,
sin saber por qué y sin motivos,
también, éramos injustos.

Cuando ella decía "me duele aquí"
la causa siempre era psíquica y banal.
Cuando yo decía "me duele aquí"
la causa siempre era mortal y quirúrgica.

Yo siempre la observo con mucha atención,
ella, a veces se cree y otras, se maldice.
Entenderla, y parece mentira, siempre,
es más complejo que poseerla.
Hay varios caminos para poseerla
pero casi ninguno para entenderla.

Cuando quiero entenderla
por el lado del corazón
ella se define por las tripas.
Cuando busco afanosamente
por el camino de su sexo

ella se define poeta o equilibrista
o líder internacional del movimiento
"LA MUJER, QUERIDO, ES MÁS QUE UN COÑO".
A veces consigo tranquilizarla
pero siempre es a causa de un poema.
Después se hace la distraída
y me habla de follar a la deriva.
Sin nombre y sin dirección, le digo por decir,
y ella arremete lúcida, encantadora:
Sin esa estúpida mirándonos,
sin aquel otro que quiere que me vaya bien,
sin mi madre muriéndose en la página
cada vez que te beso o me acaricias,
libre de ti, ¿comprendes?
libre de nuestros cuerpos.

Sórdido sonido de la noche, murmuré,
llevas razón amada, vendrán otros amores,
vendrán otros amores a generar la nada,
pero tu piel, amada, no se detendrá jamás.

Ayer, mientras dormía, escribí
el poema número treinta y siete.
¿Qué, te levantaste y yo no escuché nada?
No, no, le dije, lo escribí, sin escribirlo.
¿Y dónde está ese poema mágico?
Al no poder escribir, me di cuenta
que en el sueño el poema ya estaba escrito.
La noche se apropió de los versos
y la muerte, en el sueño,
hizo desaparecer la noche.
Tánto viaje de aquí para allí, el verso
se debe haber perdido para siempre
o quedará grabado en algún astro
o se quemará chocando contra el sol.

Así, cualquiera sueña y dice
que escribió un poema,
total, perdido o incendiado,
nadie podrá nunca saber la verdad.

A la mañana siguiente
le pregunté, sarcástico,
¿qué tal, escribiste soñando
un poema espléndido?
Qué va, eso serán los sueños
de un poeta famoso, como tú.
Yo soñé que me arrastraba
por el empedrado y los vecinos, creo,
me llamaban puta.
Después, tal vez, avergonzada,
me soñaba sentada tratando de escribir
y sobre la hoja en blanco
aparecían las cuentas de la compra,
bueno, aunque no, exactamente:
Para chorizo, el de su marido
para huevos, los de su vecino,
a la gordita, refiriéndose a mí,
no le cobres las zanahorias
que no las usa para comer.
Corazones a bajo precio:
con amor, sin amor, crueles,
corazones sin ningún latido.
Zumos de corazón caliente o frío
y envolturas de nácar
para cada cabello que tú
hayas besado, al menos, una vez.
Y después, bien lavados, todos en fila,
penes de todos los tamaños.
Yo, en el sueño, era muy respetuosa

no miraba demasiado y no tocaba nada
pero hubo un pene que me gustó
y no más pensarlo, lo tuve entre las piernas.
Después, el sueño se hizo muy confuso,
aparecías tú y ponías caras,
cara de haberlo hecho mejor,
cara de estar adentro de mi poema o sueño,
cara de ser el único capaz de amar.
Tú en verdad, no decías nada y, además,
no tenías ni siquiera rostro
pero estabas ahí, con tu cara de Dios,
con tus brazos indicando dos direcciones,
imponiendo por un lado mantener el silencio,
dejar las cosas como están, seguir esclava.
Y con el otro brazo imponías, no sé,
como una oscuridad, todo borroso,
todo por hacer, todo por inventar
y fue ahí donde volví a despertar
y, una vez más, volví a creer
que era para siempre.

¿Viste como te miró esa? le dije,
a lo mejor te mira a ti y quiere ligar conmigo,
seguramente algo le habrás contado.
Sí, me dijo ella,
cuando nos acostamos juntas al atardecer
cuando tú trabajas o tienes tus estudios
y nos divertimos y gozamos y yo le cuento
que te quiero mucho y, algo, te respeto,
también otras amigas le hablan de ti,
con mayor entusiasmo, con deseos.
Cuando yo la penetro con mi pene virtual
mezcla de sabiduría, carne, basura y sabiduría,
ella grita tu nombre en la penumbra
y ahí, tú eres el que nos ama
para que nosotras dos
hagamos el goce todo nuestro.

Es como jugar a los dados pero al revés.
Generalmente, para filósofos y poetas,
un día, el hombre ha de tirar los dados
y, al detenerse, esa cifra es la verdad del hombre.
En este poema, querido, los dados te tiran a ti
y yo y esa otra mujer que me acompaña,
que no puede dejar de ser yo misma,
seremos lectoras y jueces de tu suerte.
Si la suerte te toca escalar posiciones
haremos de ti, sencillamente, un pobre idiota,
entre ella y yo te chuparemos por atrás
y un poco por delante para que el pasado
no nos abandone definitivamente,
porque eso, según mi profesor de Kikiriki,
también es la muerte.

Un poco con los cojones tocados
le pregunté, ¿y tú, sabes lo que quiere decir
atravesarla con mi canto,
desde el Mediterráneo hasta los Andes,
hacerla gritar de goce en el Aconcagua
para que su ternura vuele hasta el Himalaya
y, después, tranquilamente, hacérmela chupar?
¿Y tú sabes lo que quiere decir,
mirar a una mujer, todo el tiempo, sin tocarla,
durante cincuenta años, día y noche,
para verla morir en otros brazos,
sin una pizca de dolor, todavía, virgen?
¿Y tú sabes lo que quiere decir,
la cabeza del rival como caída de su cuerpo
y, todavía, es necesario, una patada más,
para que desaparezcan cuerpo y cabeza?

Para ganar la guerra, no sé si lo sabías,
es necesario que del otro lado no quede nada.
No sólo matar a sus mejores soldados
sino, también, violar a sus mujeres,
quitarle la educación a los más pequeños.
¿Y tú sabes lo que quiere decir,
negarle la salud a 30.000.000 de personas
para quedarse con su petróleo o con su caca
o, directamente, con su dignidad?

Estoy consternada, no sé lo que decir
cuando se mezclan de ese modo salvaje,
humano y mierda, humano y destrucción, humano y muerte,
no sé, me siento, a veces, yo también una fiera,
con los dientes afilados arrancándote el corazón
cuando caigas indefenso en los brazos
de otra mujer, siempre desconocida.
No sé qué decir, pero mañana mismo
le escribiré una carta al Presidente.

40

Señor Presidente, estoy harta de su silencio,
así, que espero que, esta vez,
Usted se atreva a contestarle
a una ciudadana preocupada como española
y sobre este particular me gustaría comunicarle
que mi marido dice, y sin ánimo de ofender,
que yo soy una española de pura cepa,
bailo el tango pero lo bailo más o menos,
al hablar recorto el horizonte como si fuera
una mujer del sur, de Andalucía,
y me arrodillo sólo frente al hombre
que me lo pide amablemente.

Le escribo por lo del chapapote
y alguna que otra cosita
que hemos descubierto entre sus partidarios.
No quieren que Usted vuelva ser Presidente
porque usted, así dicen, es muy malo.
Cuando alguno de sus ministros, o algún allegado,
colabora, acelera o engrandece una catástrofe,
usted lo castiga, terrible señor,
prohibiéndole comer la chocolatina semanal.
Muy bien, Señor Presidente, eso se llama
manejar la justicia con amabilidad,
al estilo de las montañas mexicanas:
Para los amigos, la mano;
para los enemigos, la ley.

Después está ese otro asunto
de la limpieza ciudadana que,
para decir verdad, siempre me gustó.
Cuando joven era pro-China
porque en China era obligatorio
bañarse todas las mañanas.
Después, también, me imagino
que usted se refiere a otro tipo de limpieza,
esa que anuncian por televisión:
Expulsaremos de las calles de España
a todos los enfermos graves, al chocolate,
a la maría, a blanca nieves, a todas las putas,
a todos los borrachos y a los homosexuales.
Pues bien, Señor Presidente, yo se lo digo,
si ustedes hacen eso de la limpieza
no sólo se quedarán sin votantes
sino que España, nuestra España,
se quedará sin ciudadanos.
Así que, como una verdadera madre,
quiero aconsejarle por el bien de todos.
Deje la calle como está y trate

de limpiar mejor su vereda y,
Señor Presidente, no diga mentiras,
no le diga a las mujeres que
son iguales a los hombres
porque eso es teóricamente indemostrable.
Y no le diga a las parejas
para que deseen tener hijos
que es muy fácil educarlos.
Recuerde, Señor Presidente, que nosotros,
usted también, vivimos en un país
donde no podemos educar bien
ni a los perros.
Y antes de comenzar la despedida
quisiera decirle que sería maravilloso
para todos los españoles que su Gobierno
permitiera que los ciudadanos hablaran
un poco así, o así, o así...
Pero los profesionales que forman su Gabinete
tienen que hablar en castellano con elegancia,
con distinción y casi sin repeticiones, en tanto
el castellano es un idioma exquisitamente rico,
y si alguno no llega o no puede del todo,
no importa, algo tendrá que estudiar.
Y ya sabemos, porque lo dicen los periódicos
y hasta sus canales privados de televisión,
que los presidenciables de su partido
no alcanzan ni su belleza, ni su estatura,
pero, Señor Presidente, un Jefe
tiene que ser amable con sus delfines,
contarles algo de la verdad:
Lo de la belleza es porque me maquillan
y lo de la estatura es porque estoy, todo el día,
subido a la sillita que me regaló Felipe y,
a decir verdad, en este momento, viendo
los inútiles que me rodean, no sé, no sé,
si podré abandonar la sillita.
A mí, Felipe me lo enseñó todo.
Y ahí, fue donde su mujer
se hizo presidenciable, cuando le preguntó:
¿También te enseñó a caerte de la sillita?
Y no quiero olvidar que yo
le escribía la carta
por el asunto de la guerra.
Me dijo mi marido que no me olvidara de decirle
que es muy lamentable para todos los españoles
que los últimos discursos de su partido
nos han acercado a Estados Unidos, que está muy lejos,
y nos alejaron de Europa, que está tan cerca.
Ah, otra cosa, me dijo que le preguntara
si usted sabía, porque yo no lo sabía,
que para ganar una guerra
es necesario destruir al enemigo

¿Entiende, Señor Presidente?

Es necesario, para ganar una guerra,
matar, violar, romper, robar, incendiar, volver a matar,
destruir los hospitales para que el enemigo no tenga salud,
destruir los colegios

para que los hijos de los enemigos no tengan educación

Y después, señor presidente, a los que quedan vivos,
explotarlos, robarles las riquezas naturales

gobernarlos con leyes extranjeras

y guiarlos con una religión distinta a la que profesan.

Yo no entiendo, señor presidente, porqué usted
quiere hacerle eso al pueblo de Irak.

Usted tendría que consultar este asunto

con su mujer, que inteligente y cristiana,

tiene que saber aconsejarlo en contra de la guerra

Por ejemplo, ella le podría decir

que para un cristiano está prohibido

mentir, matar, violar, robar

y, por sobre todas las cosas,

un cristiano no debe desear la mujer del prójimo

y tampoco su petróleo.

Me prometiste que compraríamos una casa
y me trajiste a vivir a la casa de tu madre.
Tengo prohibido entrar a la cocina
Y, cuando estoy a solas o contigo,
supuestamente, en nuestro dormitorio,
me siento estrechamente vigilada.
Después, también, están tus hermanitas
que me miran como si yo fuera la intrusa.
A ti sólo te veo los domingos a la tarde,
si seguimos así terminaremos separados
tú violando o amando a tu mamá
y yo trabajando de puta enamorada
en el corredor de la muerte en Boston.
Él movía la cabeza afirmativamente
pero nunca me escuchaba, nunca me veía.
Yo dejo pasar dos o tres días y, como él
no me dice nada, ningún gesto o palabra,
le cuento contenta lo que pienso hacer.
Él no entiende nada mas me sigue el tren,
a lo que yo dije, él, sin escuchar dijo que sí
yo quería decirle que me iba con su amigo Pepe,
a la selva oscura del pájaro gris y la nostalgia.
Que no se preocupe, quería decirle,
que el dinero que falta en la cuenta
lo utilicé yo, comprando maletas,
comprando esas flechas con aquel veneno
que al tocarte apenas generan amor
y un poco de dicha envasada al vacío,
por las dudas extrañe tu silencio.
Después, también compré para Pepe
un par de calzoncillos y una camisa roja
y, si me sobra algo, cuando vuelva,
lo pondré en la cuenta a nombre tuyo.

El camarada Cornelio, que así lo llamaban,
no escuchó y no vio nada hasta el lunes de mañana
cuando el gerente del banco lo llamó,
desesperado, para decirle temblando:
Don José, Santo Dios, su dinero se esfumó.

No se preocupe, señor gerente,
deben haber sido la puta de mi mujer
y el canalla de mi amigo Pepe.
Pudiendo hacer el amor en mis propias narices
se van al África Negra para que nadie los vea.
Gastan mucho dinero tratando de esconderse
cuando aquí, en Madrid, en nuestra propia casa
conviven putas y nobles, chulos y presidenciables.
Que no lo entiendo, señor gerente,

que no lo puedo entender, así
que, cuando vuelvan de la selva,
cenaré con ellos y les diré:
A partir de hoy, querida mía
y dulce amigo del alma,
con ustedes dos no haré negocios
así que, a partir de hoy, entre nosotros
sólo podremos el amor, las ilusiones.

Cuando las diferencias son radicales,
eso quiere decir
que somos diferentes desde la raíz.
Nuestras diferencias formales son,
en realidad, diferencias estructurales.
(Cuando ella le hablaba así a otra mujer
yo temblaba, o la quería matar o la amaba
y las dos cosas eran terribles para mí).
No es, querida, que no me guste
el tono del color de tu vestido
es que yo, jamás, me pondría una cosa así.

No te pondrías nunca una cosa así
pero bien que lo follaste a Pepe.
¿Y eso qué tiene que ver?
Nada, pero ahí se muestra tu confusión,
vestidos baratos no, pero hombres baratos sí.
Yo no te dije que tu vestido era barato,
te dije que era de muy mal gusto.
Yo tengo mal gusto, yo tengo mal gusto
pero bien que te lo follaste a Pepe.
Pero eso ¿qué tiene que ver con tus vestidos?
Nada, sólo que Pepe es mi marido,
y como vio que la otra un poco se sonrojaba
agregó, ¿te parezco muy moderna, no?
No, ¿tú moderna? No, Pepe hijo de puta.
¿Estás celosa? Si la mujer de Pepe soy yo.
Tú tendrás los papeles en regla
pero yo lo amo y mi amor por él
no hay papel que me lo pueda quitar,
aunque lo mates yo lo seguiré amando,
para mí y para todas mis amigas,
Pepe será tu marido pero es mi hombre.

Y tú ¿qué le dijiste? pregunté, creo que ansioso.

Nada, no le dije nada, pensé
que a mí me había pasado lo mismo
con otro hombre y su mujer.
Nada, no dije nada, la dejé soñando
y me fui a casa a dormir con Pepe.

¿Y a él, tampoco le dijiste nada?

¿Decirle a Pepe? Nada, pero a la noche,
haciendo el amor, sentí que ella
estaba con nosotros y yo, gocé más
pero no dije nada y a Pepe tampoco.

43

A veces, ella abría las compuertas del odio
y de su boca,
como si fuera la cloaca mayor de la ciudad,
salían toneladas de mierda que caían,
inexorablemente, sobre todo el mundo.

Llamaba piojosa a la única amiga que amaba,
le decía impotente al hombre con el cual
hacía el amor, apasionada, todos los días
y miserable al hombre que la mantenía.
Después, descuartizaba en pedazos pequeños,
desde el Presidente de Gobierno y su mujer,
hasta el camarero del mesón de la esquina
y de los hombres decía, llena de amor por ellos:
Los hombres siguen siendo, hoy día,
tan machistas como el siglo anterior
y, ahora, además, el siglo XX, los hizo,
a casi todos, un poco maricones.

Y miraba con firmeza a quien estuviera a su lado
y le decía:
No me vengas, ahora, con que Freud
lo hubiera hecho mejor que yo,
porque Freud está muerto
y me miraba con intensidad y desprecio
como si yo fuera el amante de la muerte.

Detente, le dije un día, detente
o te daré una patada en el coño
que te dejaré seca, ahí, para siempre.

¿A mí, me vas a pegar, a mí?
A mí, marica, no me pegó ningún hombre.

Se nota, dije casi sin decir,
y me senté en el borde de la cama
y me quedé quieto pensando la frase,
maravillosa y siniestra,
que me permitiera pegarle.

Y ella, al grito de muerte al traidor,
como si lo que pasaba fueran los celos,
se abalanzó con rabia y fuerza
contra las ideas que nos permitían vivir
y dijo, con todo el odio acumulado en 100 años:
A mí, no serás tú el que me haga una mujer,
yo necesito un macho que tú nunca serás
y me pegó dos cachetadas como si yo
fuera, exactamente, un niño y, ahí,

fue cuando se hizo la frase:
Ningún hombre te ha pegado nunca
pero yo soy un marica, y, ahí mismo,
le acomodé un derechazo en la mandíbula
y le partí la cara en dos pedazos desiguales
y luego con la izquierda le rompí el hígado.
Cuando la vi cayendo y no podía
alcanzarla con mis puños, le di
cuatro o cinco patadas en el culo
y luego le pisé la cabeza.

Al otro día, los dos en el hospital,
yo con un ataque de depresión,
seguramente, por la culpa inconsciente
por haberle pegado y, después,
en el suelo, cuando ella estaba toda rota
hicimos el amor al estilo clásico.
Y ella, toda vendada y entablillada,
por un agujerito que le quedaba sano
al costado de la boca enrojecida
pudo decirme: Hoy te amo,
ayer estuve con un macho verdadero.
Yo me sonrojé frente a la enfermera
y, como no deseaba pasar
el resto de mi vida en la cárcel,
esa misma mañana comencé
un tratamiento psicoanalítico.

Ella no me quería enjuiciar,
solamente a mí, ella quería
enjuiciar a toda la humanidad.

A veces, éramos como dos camaradas,
Ella, en esos momentos, se ponía nerviosa
cuando yo la trataba como a una mujer,
después, cuando estábamos en la cama
se enojaba si yo le hablaba de la guerra.

Delante de los niños parecía una madre,
normal y hasta corriente, cariñosa.
Después, cuando apretaba entre sus dientes
alguna bandera de pan y libertad,
era una verdadera pantera enamorada,
siempre más veloz,
más inteligente que su presa.

En medio del campo de batalla,
parecía una verdadera diosa del aire.
Ninguna guerra se animó a matarla
y ella solía florecer en plena guerra.
Desde temprano a la mañana
enardecía a los soldados jóvenes
y ponía en alerta a sus superiores.

Ella era, en realidad,
el espíritu de nuestras armas,
sin ella
nuestras armas perdían eficacia,
sin ella
nuestro ejército no existía.

Cuando perdíamos una batalla
ella explicaba que una batalla
no era la guerra y que,
de cualquier manera,
a veces uno, otras veces otros,
alguien tenía que perder.
Cuando ganábamos una batalla,
ella no explicaba nada,
sólo bailaba y bailaba y bailaba
hasta el amanecer, después,
descansaba un día
y, otra vez, a la guerra.

Nadie podía aguantar su marcha.
Destruía todos los ejércitos enemigos
y, también, destruía sus propios ejércitos.

Ella se llama Poesía,
es una mujer
y no quiere la guerra.

Esta noche me gustaría reconocer
que, si bien, hubo épocas
que estuve distraída
y días escandalosos de silencio
y noches y noches queriéndome morir
para no enfrentarme al día siguiente,
y hubo épocas
que estuve enamorada y loca
y te amaba tanto
que con rencor te amaba
y dudé, llegué a dudar de todo
pero debo reconocer y hoy lo hago:
siempre me amaste con la misma intensidad,
tanto que, una vez, llegué a preguntarme,
¿Que será el amor para este hombre?
Y una vez que lo vi sumido
en una tristeza, aparentemente, sin salida
me dijo: Hoy no he podido amarte
y eso es la muerte para mí,
aunque no me muera.
Me di cuenta que ese día
él había suspendido su amor
para que yo escribiera mi primer poema.

Bueno, la interrumpí casi sin fuerzas,
también es cierto que ese día yo
escribí mi poema número mil.

Él siempre trataba de disculparse,
nunca aceptaba que hacía algo para mí,
pero me observaba todo el tiempo.
Gozaba con todas mis caídas, todos mis triunfos,
hasta me lo imaginé gozando con mis amores
y, por ese motivo, dejé de tener amores.
No soportaba que él gozara siempre
aunque no hiciera nada, pero
él me amaba siempre con la misma intensidad.

Un día, recuerdo, lo aprisioné contra una frase
y le pregunté con mucha precisión:
¿Cómo te las arreglas?
¿Puedes preguntarme con alguna precisión?
Sí, ¿cómo haces para amarme,
siempre, con la misma intensidad?

Lo que amo depende, en parte, de mí
pero yo no soy el que controla la intensidad,
algo del mar, algo de la tierra, el reflejo del cosmos,
la historia del amor grabada en esas rocas.

Es por eso que el mar me beneficia tanto,
las olas van y vienen quitando el amor de las rocas,
y si tú estás ahí, como al descuido, amor te toca.

En esa ocasión, muy alterada, le dije: Vamos al mar,
mi amor, vamos a hundirnos en el mar para siempre
y él, hoy día estoy segura que para ahorrar,
que pocas veces me miraba a los ojos,
entró en mí para decirme: El mar eres tú.
Y esa noche fui atlántica y pacífica,
ardiente y coloquial, fría y escarpada
y él no necesitó ni moverse ni hablar
para ser hielo, fuego y dolor, todo para mí.
Y en medio de ese terremoto de amor,
no sé qué maldición atravesó mi cuerpo,
que cambiando de ritmo le pregunté
¿Aún me amas?
Él hizo como que su cuerpo volaba
alrededor de mi locura y me respondió:
Nunca te amé,
a tu lado,
siempre fui feliz.

46

En el poema de ayer te pasaste
¿viste cómo gozaba la putita con tu voz?
en lugar de escucharte, se la pasó distraída,
durante todo el poema, acariciándose,
cuando tan bien le haría escuchar tus palabras.

Bueno, le dije, tratando de calmarla,
a lo mejor me escuchaba y, al mismo tiempo,
se acariciaba,
tratando de unir el cuerpo a la melodía.

Claro, como si eso fuera una cosa fácil
¿o le atribuyes poderes que no tiene
porque ella es una de tus creaciones?

Es cierto que yo atribuyo a todo el mundo
un escalón más alto o más grande o superior,
mas quiero que se me entienda,
seguiré escribiendo este poema inmenso
pero alguien tiene que saber
que antes de escribir estos versos
yo, a ella, no la conocía.

El hombre, algo de razón tiene,
dijo ella riéndose, tal vez, de sí misma,
¿quién puede conocer
a quien se muestra para no ser vista,
a quien compra pan cuando lo que tiene es sed
A ver, ¿quién puede conocer
a quien siendo la inventora del amor
el siglo XX la condenó por no saber amar?
Y, molestándose al hablar con los movimientos
de su cuerpo desnudándose repitió, en voz baja.
El hombre algo de razón tiene...

Tampoco es para tanto, le dije
mientras lentamente aflojaba el nudo
de mi corbata monocolor casi de seda,
no dije, exactamente, que no te conocía a ti,
dije, amor mío, que no conocía a la mujer
y, tampoco, es para tanto,
tú te muestras, no tanto, para no ser vista
sino para que no me vean a mí.
Y no eres, exageradamente, buena
cuando compras el pan y sólo tienes sed,
porque sabes que yo me ocupo del agua
y no veo cómo te condenó el siglo XX,
más bien, el siglo XX te hizo la pelota
te habló de independencia, de amor en libertad

te dijo que habría un dinero con tu nombre
y que, si te capacitabas según su criterio,
te dejaría gobernar junto a los hombres.
Tienes que saberlo, si eres una mujer
el siglo XX, querida, te mintió.

47

A medida que me acerco a los setenta años
comprendo con lujuria que estoy un poco solo.
Los jóvenes que crecen todo el tiempo
y los adultos que tienen problemas de dinero
y las bellas mujeres que vivirán al lado mío,
hasta que la muerte, en verdad, nos separe,
están muy ocupadas con sus cosas
con su propia vejez que se les viene encima
sin prisa pero sin ningún recato.

Así que te lo digo, a los setenta años,
conseguiré quedarme solo,
sin lazos de amor y de dolor,
solo, atado al mundo que me toca vivir
por palabras, por versos, algo de música
algún color desesperado con luz propia.
Pensando así, la verdad, amor mío
¿a quién no le gustaría envejecer?

A mí, me dijo ella, a mí
no me gustaría envejecer ni sola
ni mal acompañada y ya más de mil veces,
te dije, amado mío, que envejecen las plantas,
los muebles, el pavimento, las armas de guerra
pero la mujer, el sexo y la alegría no envejecen.

La sentí tan segura que llegué a pensar
que ella, de alguna manera, me decía:
Podrán envejecer hasta tus versos
pero nuestro amor, querido, no envejecerá,
aquí estoy yo, para sostenerlo,
y era tan hermosa cuando lo decía
que yo la vi diosa y desnuda,
desnuda y valiente toda para mí
y ahí fue cuando no tuve
miedo de envejecer o de morir.

Ella me habló del mar y yo lo entendí todo:
su carne esplendorosa sería la guarida
de mi vida carnal y mi palabra
y su carne, sin límites, del deseo,
la pulsión desmedida de mi canto,
será tumba de amor para mis huesos.

Palabra contra piedra, piedra contra palabra
se escribirá una historia, tal vez, de amor.

Hoy dos amantes mueren y, a la vez,
perduran en un verso de amor

donde la muerte atada por palabras
unidas entre sí al sol,
ocupada, con alguna inocencia,
de sus cosas, nos dejará
vivir un día más, un amor más,
nos dejará terminar este poema.

Y, después, dijo ella resignada,
la muerte perseguirá a los amantes
hasta alcanzarlos y algo les dirá,
algo les dirá, repitió ella, interrogándome.

Bueno, le dije yo, tranquilizándola,
si se tratara de nosotros dos
la muerte no diría nada.
Se quedaría enmudecida, pálida de dolor,
por tener que matar tanta hermosura.

Pero algún día, igual, lo hará
insistió ella, terca y ensombrecida
y yo, macho y cantor,
sin darme cuenta de mis años
le dije toda la verdad:

Tenemos como cien años, amor mío,
algún día vendrá.

EDITORIAL GRUPO CERO
c/ Duque de Osuna, 4 local. 28015 Madrid, España. Teléfono 91 541 73 49
Carlos Pellegrini 833, 4º C, 1er. Cuerpo. 1009 Buenos Aires, Argentina.
Teléfono 4966 17 10/13
www.editorialgrupocero.com